

“LAS DESERCIONES EN EL EJERCITO REALISTA” (1810 - 1821)

Susana Llontop Sánchez Carrión

La idea de trabajar este tema nació en mis años de Bachillerato. Fue durante las clases de Historia del Perú, etapa de la Emancipación.

Lo inicié hace mucho tiempo pero a un ritmo, lo confieso, muy inconstante. Hace unos meses me decidí a sacar del abandono el material acumulado y darle unidad.

Unidad, simplemente, pues nada nuevo digo. Todos los datos recogidos se encuentran escritos desde tiempo atrás.

Me limito a utilizar esas referencias en función de la significación que las deserciones tuvieron para el tema de la Emancipación.

¿Qué importancia tuvieron?

No son trascendentales, son sí el triunfo lento, pequeño y a veces impreciso de la patria en el interior de los soldados.

Para el fin que me proponía consulté varios tipos de fuentes: para la visión que puede llamarse “oficial”, me fueron útiles las Memorias de Gobierno de Abascal y Pezuela.

Al lado de la versión de estas autoridades, necesitaba la de personajes de la época, civiles y militares, vinculados a los acontecimientos: para ello me valí de las memorias o crónicas. He empleado indistintamente las de militares realistas, como García Camba; de soldados patriotas como Miller y de civiles, como las “Anotaciones . . .” de Francisco Javier Mariátegui.

En menor escala, he utilizado partes de batalla y bibliografía histórica española y americana. Sobre este último punto, debo aclarar, que la historia externa ha sido casi omitida. Sólo en casos de necesidad para ubicar los hechos, porque los acontecimientos de este tiempo han sido ampliamente tratados y son muy conocidos.

El trabajo adolece, como se podrá apreciar, casi totalmente de material documental inédito. A excepción de algunos documentos hallados en el Archivo General de Indias de Sevilla, todas las fuentes son publicaciones.

La división en dos capítulos, responde a las dos etapas claramente diferenciadas en la evolución de las deserciones.

En el primero (1810-16), el fenómeno se debió en parte, a la influencia de Buenos Aires; pero la actitud del soldado que abandonaba las filas era aún imprecisa y no necesariamente patriota. Como se verá en el contenido de esa primera parte, sólo un porcentaje de desertores respondían al ideal revolucionario.

En la segunda época (1817-21), las deserciones ya se presentan con mayor determinación. Durante estos años, dicha actitud obedecerá a la esperanza primero y a la presencia posteriormente de las tropas de San Martín en el Perú.

No llego en mi trabajo hasta 1824, como debía hacerlo, pues a partir del 21 las deserciones pierden su auténtico valor. Ya en estos años la independencia era una realidad.

Incluyo al final un índice onomástico de desertores. Es bastante incompleto, pues la identificación ha sido difícil en muchos casos, pero lo ofrezco a quienes deseen profundizar en la vida de alguno de ellos.

Por lo tanto, este trabajo no ha agotado el tema, sólo ha planteado algunas reflexiones e interrogaciones sobre el motivo que tenían los peruanos que dejaban las filas del Rey y se pasaban a las de la Patria.

CAPITULO PRIMERO

"DESERCIONES EN LAS TROPAS REALISTAS DEL ALTO PERU"
(1810 - 1816)

A) EN LAS TROPAS AL MANDO DEL GENERAL GOYENECHÉ

Al producirse los avances patriotas argentinos por el Alto Perú, el Virrey Abascal organizó su ejército para combatirlos. Dichas tropas estuvieron dirigidas por José Manuel de Goyeneche, y fue precisamente él quien tuvo que hacer frente al problema de la desertión.

Así en una carta dirigida al Virrey, el 17 de Diciembre de 1810, decía:

"Excmo. Señor:

En la dura estrechez de continuar obligado por las circunstancias del día a seguir con el mando de este ejército, me es forzoso significar a V. S. la imposibilidad de sugetar su desertión, que en muchos días consecutivos no baja de 30 individuos en este campamento y el Desaguadero, no obstante haber apenado cuantos arbitrios dicta la persecución, poniendo partidas de caballería y acordonando los caminos en 20 leguas de distancia sobre todas sus salidas y avenidas, después de estar satisfecho de su pre y sus pagas debidas son puntualmente pagadas, que a su vista se le construye vestuario, y se les asigna ración de aguardiente gratis los domingos, sin otras promesas de que a recrearse a sus casas, disfrutarán fuero militar, llevándose el completo de sus alcances, cuyas consideraciones ni las del castigo con algunos aprendidos han bastado para separarles del amor innato que tienen a la huída y al escape, sin que sea posible ni alcance ya poner más vallas a ese desorden, pues hasta donde llegan los medios he empleado los de lenidad y castigo, no produciendo estos efectos alguno en su ánimo. . ." (1).

En el cuartel general de Zepita las bajas por desertión eran también fuertes, llegando diariamente a más o menos veinte individuos: todo esto pese a las medidas mencionadas y a los castigos establecidos contra semejante delito.

Así por ejemplo se había ordenado partidas de caballería acordonando los caminos, en todas las salidas, encargadas de castigar severamente a los desertores que aprehendían.

1 Archivo del Conde de Guaqui: Caja 4 Cajén 6, n° 17. En: Herreros de Tejada, "El Tnte. General José Manuel de Goyeneche, Primer Conde de Guaqui", Apéndice, p. 462.

¿Cuál era el principal motivo de esta actitud de muchos soldados?

Parece ser que la influencia de Buenos Aires se dejaba sentir fuertemente en el ejército realista del Alto Perú. El propio Goyeneche confirmó esta idea, cuando escribía: "Pero miro no distante el grave peligro de que alargándose la existencia de Buenos Aires, pudiera disolverse la mayor parte de este Ejército Rl. con las deserciones de los soldados a sus casas del Collado" (2).

Había gran desconfianza sobre la fidelidad de los pueblos de la zona del Collao por su contacto con los porteños.

En un escrito el mencionado General realista, manifestaba su temor de que se vendieran a "los caprichos de su soñada independencia".

El número de desertores aumentaba día a día habiendo disminuído aproximadamente la tercera parte del ejército realista que partió del Desaguadero.

¿Qué actitud adoptaría el Virrey D. José Fernando de Abascal?

De algunos testimonios de Goyeneche, deducimos, que el Virrey, por lo menos al principio, no veía el grave peligro que este fenómeno significaba para las tropas. Por ello, el Jefe de dichas, se quejaba constantemente de las medidas insuficientes que se le ordenaban para contener las bajas, hasta ese momento la máxima autoridad virreinal se había limitado a ordenar que "se recojan desertores y se restituyan al ejército de Cuzco, Puno y Arequipa".

Evidenciando el temor por la existencia de esta situación especial entre las tropas, Goyeneche escribía al Virrey del Perú:

"Siendo pues de mi cargo guardar la suficiencia de mi fuerza actual, por comparación con los peligros, repito otra vez, que sin los refuerzos pedidos, jamás seré responsable de ninguna mala resulta aun cuando vinieran los desertores (que no es de esperar) porque unos hombres tales a quienes el derecho público de todas las naciones, y nuestras ordenanzas y Leyes políticas, los reputan por ciudadanos pérfidos, cobardes y traidores a la patria, por haber desamparado las banderas en tiempo de tranquilidad, son mucho más indignos de confianza en acciones de guerra, donde se debe temer justamente que en vez de atacar al enemigo, volverán las espaldas cobardemente aventurando las acciones más bien combinadas. Y por esto

2 Ibidem, pp. 468.

es, que lejos de poder ser útiles más bien los considero perjudiciales, para no ser admitidos por su mal ejemplo, entre tropas de valor y de más noble carácter.” (3)

Del texto se comprende fácilmente el temor del General en Jefe del Ejército Realista, ante la medida dictada por el Virrey, de admitir nuevamente a filas a los desertores. Esto significaba un peligro, por la influencia de dichos individuos en el resto de la tropa.

En busca de posibles soluciones, Abascal pidió informes a Goyeneche sobre la “fidelidad y confianza” de algunas personas a quienes encargaría la indagación del estado de cosas.

Por su parte Goyeneche había adoptado ciertas medidas las que el Virrey consideró “blandas para un delito tan grande”, el número de desertores iba acrecentándose. Añádase a esto la escasez de armas y dinero para levantar tropas que pudiesen perseguir a los disidentes.

Fue entonces cuando Abascal decidió cambiar de política para disolver tan aguda dificultad:

“Fue preciso acudir a medios políticos para conseguir el fin de contenerlos (a los desertores) y al intento proclamé a los Pueblos recordando las pruebas de su valor, fidelidad y amor a la Patria tantas veces señalados por los gloriosos triunfos y victorias conseguidas sobre los enemigos del orden, alentando su constancia en los trabajos para merecer la eterna fama de que se habían hecho dignos: los crecidos alcances que tenían en tesorería, el Topo de tierra que se les ofreció a perpetuidad, el uso del escudo honorífico que les había concedido, las prerrogativas que se les asignarían al fin de la campaña y sobre todo la alta consideración con que serían mirados para siempre los beneméritos defensores de la Patria y de los derechos del Monarca más generoso del mundo” (4).

Pero aún, a juicio del propio Virrey, esta medida sería incapaz si no se aplicaba otra más eficaz que curara “radicalmente el vicio de la desertión.”

Considerando la inacción como uno de los factores más importantes de la dispersión de las tropas, había que dar ocupación a los soldados para evitarla. Y la mejor manera de hacerlo, a criterio de las autoridades, era atacando a los insurgentes en varios puntos que se estimasen adecuados. De este modo se terminaría con todo vestigio de revolución en el Alto Perú.

3 Ibidem, pp. 495.

4 José Fernando de Abascal, “Memoria de Gobierno”, tomo I, p. 381.

El proyecto inmediato de los jefes militares realistas era: "arremeter contra los porteños."

Pero era empresa difícil luchar contra los naturales, concedores del terreno, quienes obligaban a las tropas del Rey a marchas y contramarchas que causaban más bajas que sus mismos ataques.

"Esta clase de guerra desordenada y sangrienta era muy fatal a las tropas del Rey; aquellos bandidos no presentaban ninguna batalla campal; pero talaban las haciendas y casas de campo, y hacían que los empleados en ellas se les incorporasen en sus desarregladas filas: cuando se veían hostigados, se retiraban a las elevadas cordilleras, y se colocaban en desfiladeros y quebradas impenetrables.

Su conocimiento práctico del terreno es su mejor defensa. . . De aquí provenía el aburrimiento del soldado y la desertión, cuyo mal era difícil corregir por el apoyo que para ello prestaban los indios y cholos de los pueblos, y porque de querer castigar con todo rigor aquel delito, se habría aumentado el descontento y el número de los enemigos. Al favor de las citadas ventajas, se fomentaban las gavillas de los revoltosos, de las que se iba infestando todo el país" (5).

La duración de la lucha por casi tres años, y la imposibilidad de terminarla con éxito por las múltiples dificultades por las que atravesaba el ejército, obligaron al Jefe realista General Goyeneche a presentar, hasta por dos veces, su renuncia al cargo que ejercía. Era evidente que una de las razones poderosas de esta actitud era, según sus propias palabras, la "constante desertión y su imposibilidad manifiesta para contenerla". Corroborando este juicio escribía el Virrey:

"Estas eran las circunstancias en que el Comandante General y Presidente interino de la Real Audiencia del Cuzco (Goyeneche) repitió por segunda vez la súplica para que le fuese admitida la dimisión de ambos cargos fundándose en la propensión que había descubierto en los soldados de su ejército y muchos de los oficiales subalternos al crimen de la desertión: en los rápidos progresos que hacía en los ánimos la seducción y engaño de los traidores" (6).

5 Mariano Torrente, "Historia de la Revolución Hispano-Americana", tomo I, Cap. XIV, p. 202.

6 Abascal, ob. cit., tom. II, p. 335-6.

¿Influyó esta determinación de Goyeneche en el ánimo de los soldados?

Por el contrario: producida la dimisión del Jefe de las tropas del Rey, el problema lejos de solucionarse se hizo más agudo.

Según el testimonio del militar español General Andrés García Campa, quien escribió sus Memorias proporcionándonos datos valiosos (7); aunque aparentemente los espíritus estaban apaciguados, continuaban los manejos de "enemigos ocultos" de la causa española: Así pues la desertión continuó de tal manera que a fines de Mayo de 1813 "pasaban de mil las bajas que contaban los cuerpos por esa odiosa causa."

Muy pronto vendría un nuevo Comandante en Jefe el cual recibiría un ejército minado por las constantes disidencias y se vería obligado a luchar contra este enemigo que era más peligroso dado que se encontraba dentro de las tropas.

B) EN LAS TROPAS AL MANDO DE JOAQUIN DE LA PEZUELA (1813 - 16)

Aceptada la renuncia del General Goyeneche, en 1813, fue nombrado para sustituirlo D. Joaquín de la Pezuela. Como es bien sabido este militar español venía de luchar contra los franceses en la península y su experiencia guerrera significaba una esperanza para las tropas realistas.

Antes de que el mencionado Jefe se hiciera cargo de su mando, la situación en el Alto Perú era bastante difícil para las tropas reales, día a día aumentaban las bajas por el abandono de las filas por los milicianos.

El jefe interino de dichas tropas, el general Juan Ramírez, convocó a una Junta de Guerra para tratar del movimiento hacia Potosí. Algunos de los jefes asistentes, según la versión de García Campa, opinaban que debía aguardarse al nuevo Comandante en Jefe con los refuerzos "antes de buscar al enemigo", ya que el ejército estaba disminuido por la desertión lo que hacía "aventurado cualquier movimiento ofensivo".

Por otro lado hubo opiniones que defendían el ataque inmediato pues consideraban, como el Brigadier Francisco de Picoaga, que era mejor atacar en ese momento a esperar que el enemigo se reforzase o a que "la funesta desertión que no cesaba acabase de debilitar nuestras filas" (8).

Algunos, como por ejemplo el general Lombrera, no confiaba en sus tropas porque éstas se entregaban "inmotivadamente" a la desertión. Aña-

7 Gral. Andrés García Campa, "Memorias para la historia de las Armas Españolas en el Perú", cap. V, pp. 95-6.

8 Ibidem, pp. 98-9.

diendo, según García Camba, la imperiosa necesidad de esperar noticias del Correo de Cochabamba para asegurarse del estado de dicha provincia.

La orden del Virrey Abascal a este respecto, dada el 26 de Julio de 1813, fue que se esperase a Pezuela quien, con los refuerzos, podría garantizar la estabilidad de las tropas dándoles con ello la seguridad de la victoria y evitando el descontento y dispersión habituales por entonces.

No se puede negar que la presencia del nuevo Comandante en Jefe, aminoró transitoriamente la pérdida de efectivos que sufría el ejército real; aunque para ello tuvo necesidad de adoptar ciertas medidas. Estas estuvieron dirigidas muy especialmente a evitar dos factores directos de la dispersión de soldados: la innacción y la comunicación con los revolucionarios porteños.

Ya el Virrey Abascal había tratado este punto en sucesivas órdenes del 29 de Mayo y 1º de Junio del mencionado año. Pezuela fue el encargado de ponerlas en práctica adoptando "medidas acertadas para cortar la deserción, persiguiendo con tesón este crimen..." (9); esto ocurrió en Setiembre.

Sin embargo en Octubre tuvo lugar la dispersión de un cuerpo de cuatro mil hombres en Salta, los que marcharon sin rumbo fijo: muchos de ellos fueron ganados para la causa independiente.

Según la versión que de este suceso nos dejó Abascal en su "Memoria de Gobierno", la maniobra "fue urdida y tramada en el mismo Salta, pactada hasta con la misma tropa y comunicada a sus agentes para que la favoreciesen con el engaño del próximo inevitable triunfo de sus traidoras armas con la solución que se suponía ser general para esta empresa en todos los lugares del Virreinato y con la esperanza de destruir una esclavitud que jamás han tenido, sustituyendo en su lugar una felicidad fantástica e imaginaria." (10).

García Camba, testigo de muchos hechos de esta época, anotaba alahándola, la gran preocupación de Pezuela por contener la disidencia y reclutar nuevos soldados.

Pero el problema era mayor que las soluciones planteadas, pues el fenómeno no se presentaba en un solo lugar: si se conseguía dominar una zona, aparecía éste en otra.

Muchos y muy alarmantes eran los partes que el General en Jefe de las tropas del Rey en el Alto Perú enviaba al Virrey de Lima. Esto acrecentaba la alarma de Abascal ante la situación de sus tropas.

Esta preocupación se manifestó claramente en una carta escrita a Ma-

9 Abascal, ob. cit. tom. II, p. 197.

10 Ibidem, p. 449.

riano Osorio, Coronel de Artillería del Ejército Realista en Chile y citada por Herreros de Tejada en el Apéndice de su obra citada. En ella hacía referencia a la desertión constante de milicianos en las tropas de Pezuela, añadiendo que, a su criterio, igual cosa harían los soldados en todas las provincias por donde pasarían.

A los mencionados males que sufría la milicia española, se añadía la escasez de recursos económicos que impedía toda mejora, posible: la ausencia de suficiente caudal para sostener a la tropa y dotarla de armamento impedía, por ejemplo, la persecución de los que abandonaban las filas.

Los reveses que sufría el Ejército del Rey, por pequeños que fuesen, colaboraban a difundir la tendencia revolucionaria agitando los ánimos de militares y civiles.

La situación obligó al Marqués de la Concordia a convocar a una Junta de Guerra para tratar problemas tales como "la escasez de víveres y otros artículos, la continua y aun que insensible baja por desertiones o muertos, la imposibilidad de pasar adelante la estación de las aguas y de tercianas la aproximación de los enemigos a La Plata y con ese motivo el fundado recelo de que aquel país se declarase por la revolución y finalmente la que apareció en el Cuzco: motivos todos graves y que merecían ser tratados menudamente" (11).

Nuevamente encontramos alusiones a la influencia de Buenos Aires en las desertiones de la tropa alto peruana. Pezuela, conocedor de dicho influjo, trató de contenerlo. Después de las batallas de Ayo-huma, y aún habiendo recuperado Cochabamba, Charcas y Potosí, escribía en su diario de campaña, se le desertaron más de trescientos soldados, viéndose obligado a guarnecer fuertemente dichas provincias:

"... especialmente en las dos primeras en que la independencia y la adhesión al sistema de Bs. As. estaba en lo íntimo del corazón de sus habitantes, era indispensable tomar esa medida para reemplazar dichas bajas prontamente y aumentar mi fuerza de manera que pudiese dejar fuertes guarniciones en las citadas tres provincias para continuar la guerra y para sacar las ventajas que proporcionaban las dos memorables batallas de Vilcapuquio y Ayohuma." (12).

Este jefe realista decía en diversas oportunidades que su ejército estaba lleno de oficiales "desafectos a la causa del Rey" y de muchos sediciosos que podían organizar un movimiento y que tenía que adoptar medios tendientes al mantenimiento de sus tropas.

11 Ibidem. p. 492-3.

12 Joaquín de la Pezuela, "Memoria Militar del General Pezuela", p. 43, n° 70.

Con el objeto de reemplazar las bajas sufridas, envió a fines de 1813, al General Francisco de Picoaga al Cuzco para que reclutase el mayor número de milicianos que pudiese. Como dicho comisionado demorase más de lo calculado, Pezuela se vio obligado a incorporar soldados de los partidos de Cinti, Chichas, Tarija y otros cercanos. Sin embargo esto no le fue de gran utilidad, porque muchos de los naturales de los mencionados partidos eran afectos a la desertión.

De más o menos mil hombres que reclutó, se le separaron la mitad, como lo expresa en su Memoria Militar:

“Yo me detuve en Tupiza para arreglar la guerra que dejaba a la espalda; y reforzar el Exto. así que llegasen los reclutas de las Prov. del Perú que desde Ayohuma fue a buscar el Gral. Picoaga... me vi en la necesidad de echar mano a los hombres de los partidos de Cinti, Chichas, Tarija, sin embargo de haber hecho ver la experiencia a mi antecesor, el S. Goyeneche que eran opuestos a la milicia, adictos a la criminal desertión y con ninguna voluntad a ocuparse en la defensa de la causa del Rey, pero no quedándome arbitrio para aumentar la fuerza de mi Exto. y con la esperanza de que la disciplina y mayor cuidado sacase algún fruto de ellos, dí orden a los jueces subdelegados para la reunión y remisión a Tupiza de mil hombres de dichos partidos...” (13).

Una razón más del abandono de las filas realistas fue la revolución que en 1814 estalló en el Cuzco, cuya influencia se extendió por todo el sur del Perú. Al amparo de este suceso se infiltró en las tropas reales el espíritu revolucionario.

Entre fines de Agosto y principios de Setiembre, del mencionado año, Pezuela descubrió un plan subversivo dentro de su ejército. El gestor fue el Comandante de Dragones, Saturnino Castro quien era natural de Jujuy y

“...aprovechándose de la revolución del Cuzco y de ser de aquella provincia tantos militares de él, y especialmente todo el Regimiento 1º que era el de mayor fuerza entre los demás, se propuso ganar a éste y formar una revolución: prenderme (a Pezuela) con los demás Jefes y Oficiales europeos y unirse a el Exto. de Bs. Ayres para contribuir con él al establecimiento de la independencia en toda esta América.

13 Ibidem, p. 47.

Este vil atentado lo puso en práctica. Escribió al Jefe de los enemigos un oficio, manifestándole su proyecto y encargándole que se aproximase con sus fuerzas para protegerle en la noche del 1º de Setiembre en que debía dar el golpe . . .

“ . . . Toda esta trama la supe yo el 30 de Agosto y dispuse su prisión en aquella misma noche; pero aunque mi mis órdenes con el mayor sigilo, llegó a entenderlas un sacerdote del Exto. que pareciéndole que quedaría irregular (por no decir más) si no le avisaba, lo ejecutó el momento al pueblo de Tupiza, donde se hallaba Castro ya separado del escuadrón y del Exto. . . y este hombre que aún no había concertado su proyecto más que con dos o tres sujetos, se precipitó y resolvió ejecutarle aquella misma noche.” (14).

Naturalmente que no pudo hacerlo pues fue apresado y condenado a ser pasado por las armas. Su propio regimiento, solicitó al Comandante en Jefe, ejecutar la sentencia como prueba de fidelidad al Rey, y en efecto así lo hizo.

Pocos días después se descubrió un plan semejante proyectado por el Sargento primero del Escuadrón de Cazadores, José Lino: éste fue fusilado el 21 de Setiembre en Moraya.

Estos sucesos hicieron tomar medidas más drásticas a los jefes realistas: así por ejemplo en Noviembre del mismo año, habiendo acampado las tropas en Vilque y Tayatay, se les desertó un soldado, el cual fue “perseguido y alcanzado en su fuga por una partida nuestra (realista), creyó el General (Juan Ramírez) que debía ser tratado con todo el rigor de las leyes militares para escarmiento de los demás y en su consecuencia fue pasado por las armas.” (15).

¿Cómo reaccionó el Virrey Abascal ante el conocimiento de esta situación militar?

Según consta en la “Memoria Militar” de Joaquín de la Pezuela, él recibió una carta de la máxima autoridad virreinal, el 4 de Octubre, comunicándole que, noticiado de los hechos, había convocado a una Junta de Guerra el pasado 2 de Setiembre. Esta declaró que el ejército se encontraba en situación muy crítica ya que gran parte de sus integrantes

14 *Ibidem*, p. 60.

15 Jorge Cornejo Bouroncle, “Pumacahua, la revolución del Cuzco de 1814”, pp. 624.

eran naturales de la ciudad del Cuzco y era probable que muchos de ellos abandonasen el partido del Rey y se pasaran a los insurgentes.

Paradójicamente muchos cuzqueños que militaban en el ejército realista se manifestaron contrarios al movimiento: de esta circunstancia especial se valió Pezuela para utilizarlos en contra de los rebeldes.

“Fernando Díaz Venteo dice, en “Las campañas militares del Virrey Abascal”, con respecto al regimiento del Cuzco: “Fue entonces, una vez que se supo lo resuelto en la Junta respecto a la columna expedicionaria al Cuzco, cuando el primer regimiento de las fuerzas de Pezuela, compuesto de cuzqueños, se ofreció voluntariamente a ir contra los sublevados.

Dicho regimiento era el mismo que Castro incitara a la sublevación. Indudablemente fue medida de habilidad de Pezuela al aceptar el ofrecimiento de sus soldados. Es curioso hacer notar como estos soldados del Cuzco, que llevaban ya varios años de lucha desesperada contra los patriotas, se mantienen en todo momento fieles al Rey, y en cambio, los que estaban en su ciudad, menos en contacto con los sublevados argentinos empuñan las armas contra los españoles, diferencia interesante de resaltar.” (16).

Confirmando esto, encontramos en el Diario de Pezuela, constante alusión al valor de muchos cuzqueños. Algunos de ellos, incluso llegaron a pedirle que escribiera a los nuevos gobernantes de su ciudad negándoles su colaboración en la revuelta en caso de pedírsela.

Pero no todo era favorable a las tropas reales: la desertión continuaba con una nueva fuente de influencia, las columnas rebeldes cuzqueñas que avanzaban hacia el Alto Perú.

En Puno, Pinelo entró triunfante y siguió luego al Desaguadero donde “el Coronel Revuelta que defendía aquel punto con poco más de cien hombres, se vio abandonado de ellos, pasándose a los enemigos...” (17).

En Setiembre de 1814 fue atacada la ciudad de La Paz, según datos de Pezuela, por tropas del mencionado Pinelo, en esta acción un regular número de pobladores se pasaron a las filas rebeldes.

El comandante en Jefe de las tropas realistas llamaba a este pueblo “el más vil y enemigo del rey entre todos los demás”. Esta tendencia de los paceños al abandono de las filas, era conocida anteriormente. Así por ejemplo muchos de ellos, que habían sido reclutados por el General Ramí-

16 Ibidem, pp. 365-6.

17 Pezuela, ob. cit. pp. 98-9.

vez, abandonaron el servicio militar, conviene precisar que habían sido prácticamente obligados a incorporarse al Ejército.

Según opinión del futuro Virrey del Perú, estos pobladores tenían una singular destreza para desertarse y ni con las mejores diligencias lograban reincorporarlos, se había llegado hasta el extremo de fusilar desertores como escarmiento de otros, pero infructuosamente.

¿Cuál era la razón de estas deserciones?

No podemos ser tan optimistas y pensar que todas ellas se debían al ideal emancipador que penetraba en los miembros de las tropas realistas. Habían muchas otras razones que hacían obrar de este modo a los soldados.

A este respecto encontramos la opinión del Mariscal de Campo Juan Ramírez, quien en su "Diario sobre las provincias interiores de La Paz, Puno, Arequipa y Cuzco", sostenía que la mayor parte lo hacía por "la esperanza y codicia del saqueo".

Existía además una razón que podíamos llamar de "trabajo": por lo general el retiro de los milicianos de las filas coincidía con la época de la cosecha en su región. Esto sucedía naturalmente con los oriundos de la zona: así por ejemplo en Huanta, cuando el 6 de Junio de 1815, entró al Cuzco la división del Coronel Vicente González, venía muy disminuido, siguiendo la "Memoria..." de García Camba, por la deserción de los huantinos. Análogo dato nos proporcionó el Virrey Abascal en su "Memoria de Gobierno".

Conocedor de este motivo el Marqués de la Concordia, ordenó que se reclutase gente de otras provincias para que de ese modo los huantinos pudieran ir a la recolección de sus cosechas, pues este era, con palabras del Virrey, "el motivo que pretextaban para la deserción."

Pero aun así el abandono de las filas preocupaba a las autoridades españolas. Si bien Abascal se expresaba de la revolución del Cuzco como una obra de "forasteros y de la clase de juramentos, y desertores del Ejército y sus producciones de igual naturaleza a quantas ha abortado la insurrección de Río de la Plata" (18), trataba de conseguir el incremento de sus tropas ante la amenaza de la columna revolucionaria de Andahuaylas y Huamanga hacia la capital, temiendo de Tarma, Jauja e Ica.

18 Abascal, ob. cit. tom. II, pp. 193-4.

¿Cuál fue la actitud del Rey de España?-

La Corona dio un indulto general a los desertores de sus reinos de Europa y América, con motivo de la vuelta al trono de Fernando VII. Abascal aplicó dicho Decreto a su gobernación en él del 13 de Abril de 1815:

“Procurando indentificar las ideas del Gobierno con las del Monarca más amante de sus vasallos, no olvidé el beneficio de los descarriados; y a pesar de su obstinación y ceguedad echando al olvido el desprecio de mis exhortaciones y los insultos con que fueron contestados hallé que el *Indulto General* sería la mejor prueba entre todas las que podría exhibirse de miaversión al derramamiento de sangre, poco conforme desde luego con los sentimientos de mi Gobierno paternal y justo, siempre que, arrepentidos de su detestable delito, volviesen a sus hogares y a sus respectivos ejercicios y ocupaciones con nuevo juramento de obediencia al Rey y a los que mandan en su real nombre, estregando las armas que sacrílegamente habían levantado contra el Soberano y sus Ministros.” (19).

Ante la actitud conciliadora de las autoridades españolas, la deserción disminuyó aunque sin desaparecer.

El jefe realista general Ramírez, después de batir a los rebeldes cuzqueños, regresaba al Alto Perú en auxilio de Pezuela. A su paso iba reclutando soldados en diversos lugares: de estos reclutas no todos continuaban en el servicio, pues muchos de ellos abandonaban las filas.

La actitud de estos milicianos dependía por lo general, de su procedencia: había algunos lugares calificadamente rebeldes.

Pezuela manifestaba, en su Memoria sobre las acciones militares del Alto Perú, conocerlos: así sucedía por ejemplo con los naturales de la ciudad de La Paz a quienes ya nos hemos referido con anterioridad. Cochabamba era también una zona de desconfianza para los españoles, porque se tenía noticia de la comunicación de muchos de sus habitantes con los patriotas. Igual opinión poseía Pezuela de la Villa de Tarija.

A pesar de las dificultades mencionadas, el general Ramírez logró aumentar los efectivos de su ejército y contener parcialmente las bajas para reforzar las tropas de Pezuela. Este recibió por entonces una considerable ayuda con las tropas enviadas de Chile por orden del Virrey de Lima. Formaban este regimiento 314 plazas a la orden del coronel Maroto y fueron recibidas, según consta en su citada Memoria, el 23 de Julio.

19 Ibidem, pp. 264-5.

Todo esto significó una ventaja para las tropas del Rey. Pezuela terminó su campaña en el Alto Perú, cuyos detalles omitiremos por no ser pertinentes a nuestro tema, venciendo los avances patriotas y conteniendo la desertión. Pero, como veremos posteriormente, este fenómeno no se había extinguido: esperaba un nuevo estímulo y la ocasión propicia para reaparecer.

¿Qué actitud tenían los indígenas en el ejército?

Los naturales eran, según varias opiniones, “muy dados a desertarse”. Puede decirse que no había un medio capaz de conservarlos en las tropas. No los convencían ni los métodos violentos ni las promesas halagüeñas.

Sin embargo no podemos considerar esta actitud como un elemento favorable a la causa patriota ya que este proceder no se debía, salvo algunos casos, a la idea revolucionaria. Múltiples eran las razones que movían al indio a dejar las filas. La base de esta actitud no podemos buscarla, según la opinión de García Camba, en la “causa que defendía” pues tanto las tropas realistas como las patriotas experimentaban igual problema con el sector indígena.

Ya hemos tratado de muchos naturales de las regiones peruanas que abandonaban las filas por razones personales que, como se recordará, llamamos “de trabajo” y de las medidas que el Virrey había tomado al respecto.

Goyencehe y Pezuela, sucesivos jefes de las tropas de esta zona, sintieron la gravedad del caso; éste último nos ha dejado su opinión sobre el soldado indígena:

“La disciplina no la conocían, raro era el que sabía hablar castellano, excepto los pocos limeños y de Arequipa que habían, todos los demás la lengua india. No comían en rancho, ni era posible hacerlos a este uso porque los más de ellos tenían sus mujeres o mexas siempre al lado, sin podérselas quitar, so pena de desertarse infaliblemente. . . Los indios aborrecían al soldado, al oficial y a todo lo que era del Rey; porque por el contrario servían de balde con sus personas u víveres a los de Buenos Aires. . . les servían fielmente de espías y sabían de la posición y movimientos del ejército del Rey.” (20).

Félix Denegri Luna, en una nota a la “memoria. . .” de Pezuela, afirma que las deserciones de indios no se debían a cobardía de los naturales, pues habían dado pruebas de valor. Abandonaban el ejército para trabajar en cultivos y cosechas, punto del que nos hemos ocupado anterior-

20 Pezuela, ob. cit. pp. 24-5.

mente. Era este apego a la tierra la razón principal del abandono de las filas por parte de los naturales. Pero al lado de esta actitud, encontramos otra: muchos indígenas lucharon con gran valentía al lado de criollos y mestizos en las tropas de la patria.

En el período que hemos tratado: ¿las deserciones aportaron elementos positivos al ideal emancipador?

La época que va de 1810 al 16 fue imprecisa frente a la emancipación peruana. Es por ello que no podemos dar una respuesta definitiva.

Pero sí creemos precisas dos ideas:

a) Las deserciones si bien fueron indeterminadas, ya que una mínima parte de los disidentes iba a unirse a las filas revolucionarias; representaron el descontento del soldado por todo lo que fuera realista y más aún contra la milicia. Este descontento, creemos, era un paso hacia la libertad.

b) Las deserciones de este período significan innegablemente, la influencia de las corrientes revolucionarias de Buenos Aires. Lo que faltó fue organizar este influjo para lograr resultados favorables. En oportunidades posteriores, según veremos, este error fue corregido logrando grandes avances. Esta falta de organización se debió en gran parte al dominio evidente de las tropas realistas en la región altoperuana que sofocó los triunfos revolucionarios.

CAPITULO SEGUNDO

“DESERCIONES EN EL EJERCITO REALISTA DE 1817 A 1827”

A) DURANTE EL GOBIERNO DEL VIRREY PEZUELA

Primera etapa: antes de la llegada de la Corriente Libertadora del sur (1817 - 1820).

En 1816 terminó el gobierno de D. José Fernando de Abascal y fue nombrado en su lugar Joaquín de la Pezuela. A este experimentado militar le tocó ejercer el mando en una época más difícil aún que a su antecesor.

Desde los primeros tiempos de su virreinato tuvo que enfrentarse al problema que nos ocupa pues apareció nuevamente y en estos momentos con una nueva fuente de influencia: la esperanza primero y la realidad después de la presencia de la Corriente Libertadora del Sur en el Perú.

En esta época las bajas que sufrió el ejército realista se debieron, casi sin excepción a este influjo. De acuerdo a éste, podemos distinguir dos etapas en estas deserciones: la primera de 1817 aproximadamente hasta Setiembre de 1820, originada por los Cruceros, agentes secretos y correspondencia enviados por San Martín. Y la segunda desde la última fecha citada hasta que permanezca el Ejército Libertador en tierra peruana.

A mediados de 1817, José de la Riva-Agüero y Sánchez-Boquete, envió a San Martín un informe por medio de Joaquín Echevarría, en uno de cuyos acápites decía:

“Debe no perderse de vista que en los cuerpos que componen el ejército o guarnición de Lima hay muchos patriotas: estos cuidarán de desordenar y aún tratarán de pasarse.”(1).

Las noticias de provincias eran desalentadoras. De 195 reclutas de Huanta remitidos para servir en el Regimiento del Infante D. Carlos, por su Coronel Pedro Lazón, se desertaron “los más por no tener voluntad de servir al Rey”, como escribía Pezuela en la página 129 de su “Memoria de Gobierno”.

En Puno, el Gobernador Intendente, se vio obligado a tomar enérgicas medidas para contener la dispersión de la tropa.

En el Archivo General de Indias hemos hallado correspondencia suya

1 José Rodríguez Ballesteros: “Historia de la Revolución y Guerra de la independencia del Perú” desde 1818 hasta 1826. Tom. I, Cap. II, pp. 67.

que nos ilustra al respecto. Dicho funcionario era Tadeo Gárate, quien había sido Diputado electo a las Cortes de Cádiz por la mencionada provincia y de probada fidelidad al Rey.

Entre las cartas que transcribimos, figuran tres remitidas por José de la Serna, por entonces Jefe de las tropas realistas en el Alto Perú y una firmada por el Virrey Pezuela:

Señor Intendente de Puno:

Por las dos adjuntas medias filiaciones que V. Señoría me incluye en su oficio número cincuenta y cinco, quedo impuesto de los desertores que ha dirigido a mi cuartel General en nueve del actual por conducto del Señor Gobernador Intendente de La Paz, entre ellos algunos reclutas y socorrido con lo necesario.

Nunca he dudado del acreditado celo de V. Señoría por el mejor servicio del Rey y por lo tanto esperaba, como ha sucedido, tomase desde luego las providencias competentes para aprehender los desertores que de esa provincia ha tenido el ejército, pues advierto que no sólo ha procurado se aprehendan dichos desertores, si también ha completado con reclutas el número de ellos que ha habido hasta la fecha de su citado oficio a que contesto. Dios, etc. . . Cuartel General en Tupiza, 2 de Febrero de 1818. José de la Serna a Tadeo Gárate.”

“Señor Gobernador Intendente de Puno:

Doy a V. Señoría las más expresivas gracias por el interés particular que me manifiesta en su papel número ochenta y siete sobre la relación de desertores que en mi oficio número cuarenta le remití al efecto, a pesar de tener que dar cumplimiento a la orden del Excelentísimo Señor Virrey para reunir tropas y ponerlas a disposición del Señor Brigadier D. Mariano Ricafort y como no dudo del celo de

V. Señoría por el mejor servicio del Rey, espero que remitirá el mayor número de reclutas que le sea posible. Dios, etc. . . Cuartel General en Tupiza, 16 de Junio de 1818. José de la Serna a Tadeo Gárate.”

“Señor Gobernador Intendente de Puno:

Quedo impuesto de que ha expedido V. Señoría enérgicas órdenes para la aprehensión de los veinte y cinco desertores contenidos en la relación que remití a V. Señoría con fecha de dieciocho de Octubre anterior y de que tienen reunidos más de cien reclutas para remitirlos a mi Cuartel General con algunos otros que espera proporcionar. Con lo que contesto a su oficio número ciento dieciséis. Dios,

etc. . . . Cuartel General en Tupiza, 1 de Diciembre de 1818. José de la Serna a Tadeo Gárate.”

“La carta de Usía número doscientos noventa y nueve, me deja impuesto y complacido de la remesa hecha al Ejército de Reserva de setenta reclutas para reemplazo de ciento veinte y uno de éstos que ha reclamado su Comandante General Brigadier D. Mariano Ricafort, con la ventajosa circunstancia de ser todos ellos desertores antiguos o modernos aprehendidos en fuerza de sus activas diligencias y de consiguiente aptos para obrar desde luego contra el enemigo”. Lima, Octubre 8 de 1818. (Fragmento de una carta de Pezuela a Gárate.).

Creemos que estos documentos no precisan explicación pues reflejan claramente la situación de las tropas realistas.

El estado de cosas, sin duda, producía inquietud al nuevo Virrey y así lo manifestaba en su correspondencia. Por ejemplo en una carta al Duque de San Carlos, Embajador en Londres, encontramos el siguiente párrafo:

“Tampoco puedo contar con las tropas del país que tengo reunidas no por muy recientes reclutas y por lo que debo recelar que no cumplan su deber después de puestos al frente del enemigo, como porque temo su deserción *escandalosa, continua e inextinguible* que se experimenta en todos los cuerpos de esta capital y de los que guarnece la Costa tan monstruoso que a la vuelta de poquísimos días causa en ellos bajas enormes, que es preciso estar perpetuamente reponiendo con indecibles fatigas y costos: por lo que he llegado a presumir que pueden haber seductores ocultos que la promueven.” (3).

Las comunicaciones de Lima, que San Martín recibía, casi siempre incluían alguna referencia a las deserciones. Los planes de los patriotas que preparaban su recepción, contaban con las adhesiones que recibirían, ya que muchas personas esperaban a “los héroes de Chile”, como los llamaban.

2 A. G. I. Sc. Indiferente General, Leg. 1352.

*Lamentablemente los datos que presentamos son incompletos, pues no hemos hallado en el Archivo ninguno de los documentos a los que Pezuela y la Serna respectivamente hacían alusión en sus cartas.

3 Rubén Vargas Ugarte: “De 1818 a 1824, Ojeada histórica de la situación de las Armas Españolas”. En: Boletín del Museo Bolivariano N° 12, pp. 437.

Uno de los medios de lograr una revuelta era precisamente, fomentar la disidencia en el ejército. Así escribía Domingo Tristán desde la capital peruana:

“... para ejecutar una revolución en esta capital que se tiene ya meditada, pero que para ello, se espera el que se comuniquen cuando, con el objeto de operar de acuerdo con V. E. lo que por mi conducto se aguarda; para amparar, fomentar y proteger desertiones de tropas en multitud; para apoyar y contribuir a dar normas de que se pasen infinitos, aún por regimientos en cuya disposición todos los más se hallan...” (4).

Corroborando esta opinión transcribimos un párrafo de la correspondencia de los agentes sanmartinianos en Lima: José Fernández Paredes y José García:

“... Considérese la importancia que había de dar a aquellos habitantes (de Lima) en lo interior, un batallón formado por los propios hijos de esa capital, que viniendo ayer en clase de enemigos apoyando incautamente a la tiranía, hoy esos mismos se presentan furiosos y desengañados a exterminarla a costa de sus propias vidas...” (5).

Añadían que la fuerza que en esos momentos contaban los realistas era nominal, pues en el interior del Ejército había “decididos patriotas” que esperaban una oportunidad segura para pasarse.

El año 19 y los primeros meses del 20, fueron de verdadera expectativa: las noticias de la Escuadra Libertadora eran cada vez más alentadoras. Esto movió a muchos habitantes de la capital y provincias a manifestarse abiertamente por la causa emancipadora.

El general realista García Camba escribió al respecto:

“No se ignoraban en Lima las miras hostiles de los independientes reunidos en Chile; pero a pesar de la generalidad con que se hablaba de sus preparativos de invasión, el Virrey no alteraba su sistema al respecto a las malicias cediendo sin duda a la consideración que le imponía la escasez de recursos que se notaba; y aunque los cuerpos de línea recibían algunos reclutas, experimentaban por otra parte bas-

4 Archivo de San Martín, tom. VII, pp. 171-2.

5 Ibidem, pp. 92.

tante deserción, porque aquellos naturales son poco aficionados al servicio militar." (6).

El norte de Lima manifestaba constantemente su simpatía por la causa patriota y esto inquietaba al Virrey. Múltiples eran las bajas que los destacamentos de esta zona sufrían: en Abril de 1819 de una partida de cincuenta hombres que llevaba el Teniente de Húsares Sobrino, desde Chancay a Huaura, según lo comunicó al Virrey en su parte del día 8, se le separaron veinte.

En Setiembre del citado año, Pezuela expidió un indulto para militares y paisanos de Huaura, Supe e inmediaciones. El Virrey, según manifiesta en su Memoria en la página correspondiente al día 24, asumió esta actitud pese a que "eran desafectos a la causa del Rey" e incluso muchos tenían correspondencia con la "escuadra enemiga"; para ver si de ese modo lograba algo positivo.

Otro factor de inquietud eran las noticias que constantemente se tenían de los preparativos de San Martín en Chile; el ejército realista acusaba alternadamente bajas y reclutamientos fruto de esta situación inestable.

Las autoridades españolas no podían confiar en este inconsecuente ejército ya que, con palabras de García Camba, no prometía "una lisonjera esperanza de defensa si llegaba pronto el caso de abrir con él una campaña activa." (7).

En esta situación incierta se produjo la llegada de la Corriente Libertadora del Sur, cuya presencia en nuestro territorio fue un factor decisivo en el aumento de tropas patriotas con elementos militares realistas.

6 García Camba, ob. cit. tom. I, Cap. XIV, pp. 300.

7 Ibidem, pp. 333.

Segunda etapa: Con la presencia de las tropas del general San Martín (Setiembre 1820 — Diciembre 1821).

Desde su desembarco en Paracas y su posterior traslado a Pisco, San Martín trataba que sus soldados incitasen a los realistas peruanos a abandonar las filas. El prefería este método pacífico pues es bien conocida su tendencia a evitar cualquier violencia.

En opinión de varios historiadores, se organizaron varios grupos encargados de trabajar entre los soldados del Rey, para lograr su paso a las filas patriotas. Para ilustrar esta afirmación citaremos un texto de Rodríguez Ballesteros: (1).

“El coronel Lavín y los capitanes Rolando, Villalonga, Zamora y otros varios secuaces de la independencia de acuerdo con el general San Martín, y con fondos metálicos para seducir a las tropas y repartir a la plebe de Arequipa, puesto en ejecución el proyecto, el general Carratalá, que debía ser la primera víctima y que descubrió el atentado arrestó a Lavín y, asegurados los demás cómplices fueron remitidos al Cuzco...”

El mismo historiador indica cómo en Chíncha recibió San Martín a siete oficiales y un regimiento de setecientos hombres.

En la misma región se unían a su ejército también, gran cantidad de esclavos: entre el 18 y el 21 de Setiembre de 1820, se incorporaron a las filas patriotas unos doscientos cuarenta a quienes se les concedió la libertad.

Cabe indicar también, y de ello nos ocuparemos con más detalle posteriormente, las adhesiones de particulares que recibía constantemente el ejército sanmartiniano: citaremos como ejemplo, y por corresponder a la región y época que acabamos de mencionar, la presencia del Marqués de San Miguel quien fue admitido, según testimonios de la época, con el grado de Coronel y nombrado Capitán Edecán del General en Jefe.

El general Alvarez de Arenales al iniciar su campaña hacia la Sierra, recibió continuas adhesiones que los obligaron a tomar medidas para, según el mencionado Rodríguez Ballesteros, “proteger la desertión”. En los informes que Arenales dirigía a San Martín, aparecía a menudo la referencia a la constante recepción de “milicianos”, así por ejemplo dos compañías de los realista coronel Quimper y Conde de Montemar, se incorporaron a las filas del jefe patriota.

1 Rodríguez Ballesteros, ob. cit. tom. I, Cap. VIII, pp. 491.

Deserción del batallón "Numancia": Ya hemos mencionado la labor de seducción desarrollada por los agentes de San Martín. Pues bien, uno de los mejores frutos que tuvo este trabajo, fue el paso del regimiento realista "Numancia" a la causa patriota. Dada la importancia que este hecho tuvo, nos ocuparemos de él con más detalle.

El general San Martín, de acuerdo con autorizadas fuentes que citaremos más adelante, desde su llegada a tierra peruana, tuvo noticias de la calidad de este regimiento y del deseo que existía en algunos de sus miembros de pasarse a sus filas.

¿Qué razones existían para este deseo?

La respuesta la encontramos en la composición de este batallón: la mayoría de sus miembros eran americanos. De éstos, según la versión de un contemporáneo:

"sólo tres eran capitanes. —Heres, muy godo; Febres Cordero de la misma opinión y Lucena, por quien Delgado (coronel Jefe del batallón) abogó cuando se le dijo que estaba ganado por la patria "... Entre los subalternos se contaban como patriotas, Dabanza, Alzuru, La Madrid, Guas, y otros nombres que he olvidado.

El Virrey agregó a este cuerpo a don Ramón Ramón Herrera, muy realista y al peruano Allende, hoy General. Era mayor un venezolano Ortega, a quien consiguió Riva-Agüero ganar a la causa de la patria: Cerdeña era otro capitán también muy godo.

En la clase de sargentos y de soldados se encontraban varios patriotas prisioneros tomados por los españoles en la batalla que ganaron al general Nariño. Entre éstos se contaban, un Geraldino que murió ahora pocos años en Bolivia, y que llegó a la clase de General. Bustamante que murió al servicio del Perú y también de General; Cuervo, que falleció en Bolivia en la clase de comandante de ejército colombiano, Pedro Torres, que vive, coronel al servicio del Perú; otro Torres que pasado a San Martín y tomado prisionero en las inmediaciones de Pasco fue fusilado inmediatamente antes de la batalla que les diera y ganara el general Arenales; un cuzqueño Tejada, que murió ahora poco de coronel y otros que no me es fácil recordar.

Los patriotas conocíamos que el elemento de los últimos no era bastante para dar el golpe y no podíamos hacer nada con los primeros de quienes desconfiábamos. Pero la Providencia nos preparó un capitán por un medio eficaz y preciso. Este fue el Capitán

Lucena, con quien nos puso en contacto una joven. Lucena nos proporcionó relaciones con los subalternos mencionados que no conocíamos.

El capitán Lucena pretendió a una señorita con quien quería casarse, y ésta, insigne patriota, le contestó, que ella jamás se casaría con un godo, que hiciese algo por su patria y entonces le daría su mano. Bastó esto para que Lucena, de godo insufrible, se convirtiese en ardiente patriota. Buscó a los que le indicaron, y tocó con el que esta relación escribe; y entonces se formó un plan de pasarse y se convino en que fuera comunicado a San Martín.

Al contestar éste indicó, que el batallón podía dar días de gloria a la América o atacando al Virrey en su palacio y haciéndolo prisionero u ocupando los Castillos. . .

“ . . . Lo primero era riesgoso, inverificable e inútil. Guarnecían la ciudad no sólo Numancia sino también otros batallones españoles. El palacio tenía dentro bastante fuerza de alabarderos, caballería e infantería, y con sólo cerrar las puertas, Numancia era perdido sin prestar el servicio más pequeño a la patria.” (2).

Como hemos visto el general San Martín conocía el carácter de este batallón. Uno de sus agentes al informarle sobre la situación de Lima, había hecho referencia a este regimiento recalcando el ambiente propicio a la patria que existía en él.

Por su parte los jefes realistas de Lima al tratar del “Numancia”, lo hacían con reservas. En un informe dirigido al Virrey Pezuela por un jefe realista, y recopilado en el Archivo de San Martín, decía que aunque este batallón era de los mejores y sus integrantes habituados a la dura guerra, por lo cual debía ser el apoyo realista, lo veía con recelo.

Antes de producirse la desertión del regimiento se notaba ya esta tendencia entre algunos de sus componentes. Esto hacía recelar, como ya hemos anotado, a los dirigentes españoles.

García Camba, en la Memoria ya citada, se quejaba de la desatención del Virrey ante las indicaciones que le había hecho sobre “el extraviado espíritu de varios oficiales de “Numancia” por las seguridades que creyó poder ofrecer su pundonoroso jefe D. Ruperto Delgado. Antes de concluir este año (1820), formaba el expresado cuerpo en las filas enemigas.” (3).

Francisco Javier Mariátegui, contemporáneo de estos acontecimientos y muy vinculado a ellos, nos relata en sus “Anotaciones” a la Historia del

2 F. J. Mariátegui, “Anotaciones a la Historia del Perú Independiente de D. Mariano Felipe Paz Soldán”, pp. 24-5.

3 García Camba, ob. cit. tom. I, Cap. XV, pp. 335.

Perú Independiente de Paz Soldán, los preliminares del acontecimiento que estamos tratando.

El plan iba desarrollándose lentamente y cada día contaba con más adeptos que preparaban el camino.

En Setiembre de 1820, decidieron comunicar al general San Martín el estado de cosas en el regimiento. Con este fin enviaron a un cadete D. N. Castillo, sobrino del capitán Febres Cordero. Este, guiado por un esclavo de las haciendas del Sur, debía entrevistarse con el General en su Cuartel de Pisco. La suerte no los acompañó en la empresa pues el cadete fue apresado por los realistas. Aunque no se le halló correspondencia que lo comprometiera con los patriotas, se le calificó como desertor. Varios jefes españoles querían que Castillo fuese pasado por las armas: sin embargo se salvó gracias a la intervención del Asesor del Virreinato Nicolás Arani-bar. Este funcionario aconsejó al Virrey evitar un derramamiento de sangre en momentos tan críticos.

No se arredraron los numantinos ante este fracaso. En Noviembre iniciaron la acometida final: empezó a desarrollarse el movimiento que concluiría con el logro de su objetivo.

El primer paso para ello fue conseguir la adhesión del mayor número de miembros del mencionado regimiento: "El 5 (Noviembre) un batallón de realistas y dos escuadrones hicieron un reconocimiento sobre Ancón. El cabo de escuadra Alomí, que fue instrumento capital para que el Capitán Broun del Maipo se salvara, se pasó del regimiento de Numancia a los patriotas, y fue ascendido a sargento en el N^o 8" (4).

A partir de ese momento continuaron incorporándose a las filas de la patria miembros del mencionado batallón, de éstos recuerdan sus nombres o el número de ellos casi todos los testimonios de la época.

"En la noche del 28 de Noviembre (1820), al trasladar Valdés su campo de Tecuán a Basurto, se desertaron al enemigo dos o tres oficiales del batallón de Numancia, y aunque la tropa de este cuerpo daba muestra clara de decisión y valentía sin embargo esa deserción recordaba naturalmente la mala opinión que hacía tiempo se tenía de muchos de sus oficiales." (5).

Pezuela en su "Memoria de Gobierno", nos dejó anotada la deserción ocurrida el 2 de Diciembre del mencionado año, de cinco oficiales numantinos que se encontraban presos en la Plaza del Callao por sospechosos.

4 John Miller; "Memorias del General Miller", tom. I, cap. XIII, pp. 283.

5 García Camba, ob. cit. tom. I, cap. XV, pp. 353.

¿Cuáles fueron los hechos inmediatamente anteriores al paso de este regimiento a las filas patriotas?

Si bien el ambiente interno de este cuerpo estaba más o menos preparado para el paso, faltaban fijar múltiples detalles prácticos, como por ejemplo el momento y lugar más adecuados para su realización. Sobre este particular existían divergencias entre los patriotas que colaboraban en el plan.

José de la Riva-Agüero, según nos relata Mariátegui en su citada obra, era de opinión que el paso debía tener lugar en la Sierra, en su acantonamiento de Huarochirí. Según este proyecto, producido el cambio, el "Numancia" se uniría a las divisiones de Arenales que operaban en las serranías centrales.

Los de adverso parecer, consideraban este plan muy arriesgado. "Los carolininos nos oponíamos" continúa nuestro relator, pues de ser así el regimiento sería batido con facilidad por otros cuerpos españoles y esto pondría en peligro también a la división de Alvarez de Arenales.

Se decidió realizar el paso en Chorrillos, pero este intento fracasó. Daremos algunos detalles del mismo, valiéndonos para este fin del mencionado Francisco Javier Mariátegui, inapreciable fuente porque estuvo vinculadísimo a estos acontecimientos.

Desde su inicio el proyecto tuvo tropiezos: dos días antes de la fecha fijada fueron apresados algunos oficiales comprometidos en el complot. Llevados dichos siete militares al Callao se producía una pérdida irreparable para el éxito del plan.

Para evitar que, al ser interrogados, alguno de ellos flaquease enterando a las autoridades españolas de lo planeado, los patriotas se vieron en la urgencia de rescatarlos.

Para este fin, se contó con la ayuda de un mulato sargento del batallón de Rodil, apellidado Portocarrero; el hermano de este era arrendatario de una huerta, Matamandinga, situada a la salida de la Portada de Guadalupe:

"El hermano de Lima buscó al militar del Callao, le habló de su plan y éste lo allanó todo. En la noche convenida se tuvieron listos dieciocho caballos que se necesitaban para los siete centinelas de los presos, para él de la prevención, para los siete oficiales presos y para tres más con que se tuvo que contar. El golpe no fue dado en vano, los oficiales se salvaron, y salvaron los que con ellos salieron de los Castillos. Algunos escaparon con sus fusiles y tuve necesidad de hacerles entender que en esa noche entregasen sus armas y que junto con los caballos y monturas se fuesen a la huerta. De otro modo todo habría sido perdido... El jefe de la empresa fue, para los

españoles, el sargento Portocarrero, y creyeron que en la huerta del hermano lo encontrarían y con él a algunos de los centinelas desertores. Rodear, sorprender y registrar la huerta fue el plan que estuvo previsto. Antes de que sucediese y de que llegasen los enemigos, ya estuvo sabido por uno que velaba en los techos de la casa y que dio el aviso. Los ocultados se metieron bajo la alcantari-lla de la acequia que atraviesa el camino de Chorrillos, de Cabezas para Santa Beatriz . . .

“ . . . Lo cierto es que retirada la fuerza que rodeó y registró la huerta, sin encontrar hombres ni indicios, volvieron todos a su escondite, de donde salieron la noche siguiente, en que fueron trasladados a la casa de Flores, nombrada del Dean, cerca de Juan Simón, y de allí a otros puntos.

Todos ellos salieron de la ciudad y se unieron al Ejército Libertador habiendo los numantinos sido incorporados a sus puestos.

Malgrado el movimiento, no se desanimaron los patriotas y continuaron sus trabajos y hubo necesidad de ganar más oficiales.” (6).

Uno de los oficiales del “Numancia” a quien se calificaba de “muy go-do”, era Tomás Heres. Los patriotas deseaban ganarlo para su causa porque era elemento decisivo al fin que se proponían.

Mariátegui nos relata una conversión del mentado Heres con el cura del Obispado de Quito, Paredes. Nuestro informante tuvo oportunidad de enterarse de dicha charla debido a que se encontraba en casa de éste último donde había ido para ocultar a uno de los evadidos, Rafael Cuervo. La transcribiremos dado su valor:

“Procuraré relatar el diálogo y usar los propios términos de los interlocutores y de las metáforas que usaba Paredes en sus conversaciones.

Mil.—Mi Abatucho (este dictado le aplicaba siempre a Paredes cuando hablaba con él) el batallón está movido, hay quienes lo seducen, trato de imponerme de todo e impuesto, la comunicaré al Coronel Delgado para que ponga remedio.

P.—Hará U. muy mal, se dañará U. y no será posible a sus amigos salvarlo. Los españoles están muy mal parados.

Mil.—U. se equivoca, los mal parados son los patriotas, los insurgentes, a San Martín no le queda otro medio de salvación que regresar a Chile; y en Chile lo buscaremos, y lo arrojuremos al

6 Mariátegui, ob. cit. pp. 28-9.

otro lado de la cordillera, y sucumbirán las provincias del Río de la Plata.

P.—Qué delirios! Qué insensatez! Cuánto engaño! Sepa U. que no sólo “Numancia”, sino todo el ejército está minado, que muchos oficiales están comprometidos y que la tropa está disgustada y no peleará.

Mil.—¿Y los soldados españoles? Ellos se batirán solos y vencerán.

P.—¿Y ha olvidado U. el lance de Extremadura? ¿Y ese batallón español no se sublevó? ¿Y qué habría sucedido entonces si por trabajos anticipados como los de ahora, los otros cuerpos hubiesen estado preparados? Desengáñese U. el gran día de Pascua de la América se acerca, en ese día cantaremos Hosanna, y es preciso que U. la cante también. U. tiene la camisa sucia; lávela y meta el hombro para el triunfo en vez de denunciarlo; y sepa que yo mismo tengo parte en los pasos que se dan y que los dá también su amigo D. Fernando López Aldana.

Mil.—Permitame Abatucho que le diga que lo dudo, que no lo creo.

P.—¿Quiere cerciorarse de ello? ¿Quiere U. oirlo de su boca? Pues bien, venga conmigo y óiganos.

Mil.—Si fuera sí. Si hombres de juicio y de peso quisieran unánimes la independendia, yo la querría también.

El resultado fue que Paredes y Heres salieron juntos y se fueron en demanda de López Aldana.” (7).

Como resultado de esta entrevista, siguiendo la versión de Mariátegui, Paredes logró convencer a Tomás Heres de tomar parte en el proyecto. El primero buscaría al autor de estas noticias para recibir mayores informes sobre el plan subversivo.

Antes de admitir a Heres en el grupo, Mariátegui consideró prudente consultar la opinión de los demás numantinos comprometidos. El enlace entre los patriotas y el regimiento era el capitán Lucena, anteriormente mencionado, éste se entrevistó, una vez aprobada la inclusión, con Heres, poniéndole al corriente de la situación.

La intervención de Tomás Heres fue decisiva y gracias a ella, se efectuó con éxito el paso del “Numancia” a las filas de los patriotas.

Múltiples son las versiones que hemos recogido sobre la acción desertora de este regimiento. Si bien pertenecen indistintamente a testigos tanto realistas como patriotas, a historiadores españoles y americanos, todas

7 Ibidem, pp. 29-31.

poseen entre sí una coincidencia casi perfecta en los datos contenidos. Naturalmente que, según su tendencia, difieren en la interpretación del hecho.

El general Rudecindo de Alvarado en sus memorias nos ha dejado relatado con lujo de detalles este acontecimiento. El no se limita al hecho concreto, sino que refiere además las conversaciones anteriores a él, sostenidas con el general San Martín sobre la posibilidad de contar con dicho cuerpo militar.

Alvarado en una entrevista con el Jefe de las tropas independientes, trató acerca de la ventaja que suponía el poder contar con ese regimiento engrosando sus filas. Según dicha versión, el General no se encontraba muy optimista: pensaba que aun no se poseía el suficiente número de adictos numantinos para el completo éxito del plan.

Consideramos importante transcribir la versión de los acontecimientos dejada por Rudecindo de Alvarado:

“Poco satisfecho del disgusto que había notado en el General (San Martín) al hablar de este asunto, me dirigí a la casa que habitaban los señores García del Río y doctor Monteagudo, con el objeto de instruirme del estado de las relaciones con el batallón Numancia, aquellos señores me expresaron que desvaneciera la esperanza, aunque las órdenes del General no se hubieran llenado.

Apoyaron mi pensamiento y aunque muy avanzada ya la noche, volví hacia el general insistiendo en mi idea, hasta que con notable fastidio me dijo: haga usted lo que quiera, mas no olvide que deben utilizarse muchos caballos que no tenemos con que reemplazar. Con aprobación tan poco satisfactoria de parte del general regresé a Huacho . . .

“ . . . llevando conmigo a un joven peruano que me proporcionó el doctor Monteagudo, y que había sido el intermediario de las relaciones con el batallón Numancia, muy práctico de aquella localidad, vivo, e inteligente y de la entera confianza de los patriotas oficiales de dicho batallón.

A las cuatro de la tarde del día siguiente, despaché a dicho joven con comunicaciones para los oficiales numantinos y le hice acompañar con una partida de dieciocho granaderos a caballo, hasta el punto de Pescadores, distante tres leguas de Chancay, donde debía separarse para entregar mis comisiones. Esta partida a cuyo frente estaba el teniente Pringles, debía conservarse en dicho punto de Pescadores, hasta que regresara el enviado con la contestación, pero si por cualquiera circunstancia se retardasen las contestaciones o se presentasen fuerzas enemigas, se retirara por el mismo camino que

había llevado, sin comprometer choque alguno. Marché en el mismo día con los regimientos granaderos y coraceros a caballo y en el camino recibí el primer aviso de haber pasado el joven peruano a Chancay.

Continué mi marcha y cuando llegué a Pescadores con mis fuerzas encontré las huellas de un combate, que, impresos en aquel inmenso medanal, me probaron la pérdida completa de Pringles y la partida de su mando.

Comprendiendo entonces que Valdés tuviera noticias de mi movimiento, varié la dirección de mi marcha corriéndome por mi izquierda para penetrar al valle de Chancay, por una quebrada situada al este, mas este movimiento retardó mis operaciones hasta las seis de la tarde que desemboqué a dicho valle.

Allí encontré a Valdés en una fuerte posición cubriendo su caballería con el batallón Numancia, sobre el cual ordené no se disparase un tiro. Provoqué a la caballería española a medirse con un solo escuadrón de granaderos que presenté a su vista; pero Valdés no alteró su inmovilidad hasta que anoheció.

Treinta o más horas de marcha en los últimos días de Noviembre (1820) por aquellos médanos desiertos sin alimento alguno confieso que abatieron mi ánimo, tanto más cuanto me encontraba en la necesidad de retirarme aquella misma noche a Sayán, punto más inmediato para dar descanso a la tropa y forraje a los animales.

Al amanecer llegamos a dicho pueblo con el aumento de 10 leguas de marcha y creció mi desconsuelo viendo que cerca de quinientos caballos estaban lastimados en el lomo, efecto de nuestras pésimas monturas y resultado previsto por el general San Martín.

Dos días de descanso y buenos alimentos, restablecieron las fuerzas y ánimo de la tropa, se curaron los caballos y decidí volver a Chancay, con ánimo resuelto de empeñar combate a todo trance, si Valdés se oponía a la ocupación de aquel valle; pero éste emprendió su retirada por una quebrada angosta y pedregosa y en la que se conservó dos días manteniendo yo la vista del batallón dos escuadrones de nuestra caballería que se relevaban diariamente.

El 3 de Diciembre al amanecer tuve aviso que el batallón se venía hacia nosotros, y momentos después se me presentó el Capitán Cerdeña, para solicitar la protección de mis fuerzas, porque temían que Valdés viniera con su caballería en persecución del batallón revolucionado en aquella noche.

No es fácil explicar el placer que me causó este suceso y como los cuerpos a mi mando estaban con caballos ensillados, volando a su

alcance y cubrimos con nuestras filas la fatigosa marcha de nuestros nuevos amigos y compañeros. Desde el mismo tiempo ordené al Teniente de Granaderos Don Rufino Martínez que volase al Cuartel General de Supe y dijera de mi parte al General en Jefe que ponía a sus órdenes el mejor batallón del ejército español, con seicientos cincuenta y cuatro plazas, en cambio de quinientos caballos casi inutilizados, agregando que la tropa de dicho batallón se hallaba muy fatigada y que creía oportuno viniera un transporte a llevarla al cuartel general. De tres a cuatro días tardó en llegar el transporte y fueron otros tantos de festejos y alegría. Cada cuerpo de caballería dio en su respectivo campo un convite al referido batallón, reinando la franqueza de hermanos sin que el vino que le facilité en abundancia perturbara el orden. El cuartel general y ejército situado en Supe avanzaron a Huaura, donde me replegué pocos días después, dejando en Chancay cuarenta hombres en observación.

“... Por los oficiales del Numancia supe que el joven peruano que les llevó mis comunicaciones, lo habían hecho pasar inmediatamente a Lima a llamar al Capitán Tomás Heres, que era quien debía encabezar la revolución que había quedado enfermo, razón porque no regresó a Pescadores.

Fui igualmente instruído que avisado Valdez, de existir en dicho punto una partida de tropa patriota, marchó él mismo con dos escuadrones a tomarla, como lo logró, no por sorpresa sino por el imprudente y temerario arrojó de Pringles, así lo quiso, pues recibió oportunamente aviso según un centinela colocado en una altura, que por el camino directo de la plaza venía un escuadrón y otro por el flanco a cortar la retirada; pero Pringles contestó: “Batiremos a los dos”.

Con sus dieciséis granaderos, cargó sobre el escuadrón de su frente y, rechazado, cargó sobre el de retaguardia que le dio igual lección; tiróse entonces al mar de donde Valdez logró hacerle subir con generosos ofrecimientos. Me indigné contra Pringles al conocer estos detalles y lo habría sometido a un juicio, cuando fue canjeado si no se hubiera interpuesto a evitarlo el general.

La deserción del Numancia fue un aumento de cargos contra el Virrey Pezuela, al que los jefes del ejército querían deponer para substituirle por La Serna; invitar al general San Martín a que dos jefes de cada ejército tuviesen una conferencia en el punto que designara; proposición que fue aceptada y designado por punto de reunión el pueblo de Chancay, fuimos nombrados el coronel D. Tomás

Guido y yo, de parte de los españoles los coroneles Valdez y Lóriga.” (8).

Otros testigos presenciales del suceso nos han legado interesantes informes acerca de él. De éstos Miller en sus “Memorias . . .” nos dio su versión: sería ocioso repetir los detalles pues éstos coinciden con lo anteriormente expuesto por el general Alvarado. Sólo añadiremos la actuación de los tenientes numantinos Guas e Izquierdo a quienes Miller destaca como importantes.

En lo referente a fuentes realistas contemporáneas a los hechos, la más importante es la tan mencionada “Memoria . . .” del general García Camba. De ella extrajimos el siguiente fragmento:

“ . . . se adelantó el coronel Valdez a los alfalfares de Trapiche Viejo, dejando a retaguardia el batallón de Numancia para que siguiera la marcha con comodidad. Su comandante tuvo que descansar al pie de la escabrosa cuesta de Huachos para subirlo de noche con menos molestias del calor; el sueño se apoderó de todos menos de los conspiradores, asegurándose de su jefe y de algunos pocos oficiales de quienes desconfiaban, sublevaron el batallón y lo condujeron al enemigo en la madrugada del 3 de Diciembre (1820). Algunos individuos de tropa . . . llevaron a Trapiche Viejo esa triste noticia y Valdez, dando cuenta inmediatamente al Virrey, marchó con la caballería y la artillería a San Lorenzo y de allí inmediatamente al campamento de Aznapuquio en virtud de orden superior.” (9).

El Virrey Pezuela en su “Memoria de Gobierno”, relató el acontecimiento, consignando primero los detalles de su realización, pero añadiendo luego su apreciación personal del hecho: llamó “infames” a los oficiales que fraguaron la desertión. A continuación consignó las medidas que había tomado para seguir la causa correspondiente a los militares comprometidos. Aquellos miembros del regimiento que no participaron en el movimiento fueron agregados al Regimiento del Infante, “para que desaparezca el nombre de Numancia”, concluía el Virrey.

Al lado de la visión negativa que de este suceso tuvieron las autoridades españolas, fueron muy numerosas las opiniones favorables. Así por ejemplo Lord Cochrane en su “Memoria . . .” consideraba el paso del Nu-

8 Rudecindo de Alvarado, “Memorias de . . .” En: Documentos del Archivo de San Martín, tom. VII, pp. 195-8.

9 García Camba, ob. cit. Cap. XVI, pp. 353.

mancia como un galardón más para la causa patriota, de igual opinión era el Coronel Aguirre. Este jefe en su "Compendio de las campañas del ejército de los Andes", se refiere a la nueva escarapela que ostentaba el regimiento como "una proclama que convocaba a la unión de los demás pueblos, para consolidar la causa de la independencia."

Transcribimos a continuación una carta de José Joaquín Olmedo, donde expresaba su placer ante el hecho que tratamos:

Guayaquil, 24 de Diciembre de 1820

Señor don Toribio de Luzuriaga:

Mi estimado amigo:

Esta mañana hice un expreso con la desgraciada nueva de la pérdida de Cuenca. Y compadecido de la pesadumbre que tendrá usted, quiero consolarlo con la importante, importantísima noticia de las ventajas decisivas del ejército libertador al mando del hijo predilecto de la patria. Huamalíes, Huánuco, Cajatambo, Huaylas, Tarma, Jauja, todo este vasto y rico país es ya del partido de la libertad. El batallón de Numancia se ha incorporado a nuestras hileras: este acontecimiento vale dos victorias y media." (10).

La importancia de esta actitud del regimiento no se limitó al referido suceso, sino que se prolongó en posteriores actos realizados por grupos de soldados realistas que lo imitaron.

Tal vez este obrar colectivo fue el factor decisivo para muchos patriotas en potencia que esperaban la oportunidad de manifestarse plenamente. En este punto coinciden fuentes patriotas, realistas y aún neutrales. De éstas últimas mencionaremos la "Relación Histórica" de W. B. Steveson, quien después de referirse a la desertión del Numancia, añadía que a partir de ese hecho eran múltiples los oficiales y soldados que se unían al ejército de San Martín.

García Camba, fuente valiosa, menciona en sus escritos a Steveson corroborando lo expresado por él; según el jefe español fueron treinta y seis oficiales y "un número mayor de habitantes de Lima" los que llegaron a Chancay y 8 de Diciembre para unirse a las tropas de San Martín.

Existe precisión casi matemática entre las diferentes versiones de estos nuevos pasos. Así escribía Lord Cochrane: "El día 8 (Diciembre de 1820)

10 Carta de J. J. Olmedo N° 5. En: Documentos del Archivo de San Martín, Tom. XI, pp. 336.

siguieron el mismo ejemplo (del Numancia), cuarenta oficiales del ejército español y no pasó día en lo sucesivo en que no viniese a unirse al ejército patrio soldados rasos, empleados civiles y oficiales. De este modo se reforzó considerablemente, siendo para el Virrey una grave pérdida una defección tan considerable de sus tropas." (11).

El jefe patriota Miller, en sus memorias, después de tratar el paso del Numancia, con detalles ya conocidos, nos refiere un caso singular. Creemos adecuado señalarlo ya que el personaje de quien trata sería posteriormente un caudillo de nuestra república:

El 8 de Diciembre treinta y ocho oficiales y varios cadetes se escaparon de Lima, y pasaron al servicio patriota, presentándose a los puestos avanzados de Chancay. Entre ellos estaba *Salaverry* muchacho de doce años* de edad que se había escapado de la casa de sus padres y que desplegó una extraordinaria firmeza hallándose perseguido muy de cerca..." (12).

El mes de Diciembre fue pródigo en desertiones. El Virrey ha dejado los nombres de muchos disidentes:

El día 5: los oficiales del Infante Tnte. Pedro de la Rosa, natural de Buenos Aires y los Subts. José Valdez y D. N. Taramona, limeños.

El día 6: dos oficiales del Cantabria, D. N. Olavarría Subteniente bonaerense y D. N. Castro, trujillano.

Al lado de estos militares, había también muchos civiles que diariamente pasaban a unirse a las tropas independientes.

Hacia estos desertores civiles, aunque el término no es adecuado pues no se trata de militares, el Virrey se vio obligado a tomar medidas represivas

Día 7 (Diciembre 1820).

"Se aprehendió en la avanzada de la vanguardia a un joven, sobrino del administrador de Correos, con un criado y declara el primero que se pasaba a los enemigos enviado por la Sa. de Palomeque, para instruir al General San Martín del estado de ntras. fuerzas y ofreciéndoles su casa. Se pasaron al Consejo Permanente." (13).

Sobre la mencionada señora de Palomeque, nos dice L. A. Eguiguren, que esta dama esposa de un Oidor era patriota y deseaba ponerse en

11 Lord Cochrane, "Memorias...", Cap. V, pp. 120-1.

12 Miller, ob. cit. tom. I, Cap. XIII, pp. 292-3.

*En realidad Felipe Santiago Salaverry tenía por entonces catorce años, ya que había nacido en 1806. Sin duda Miller se limitó a calcular su edad.

13 Pezuela, ob. cit. pp. 831.

contacto con San Martín para ponerlo al corriente del estado de las tropas realistas y ofrecerle su casa, pero como hemos visto su mensajero fue apresado.

Pero los patriotas deseaban la anexión masiva de tropas; el éxito logrado con el "Numancia" los impulsó a intentar conquistar otros cuerpos. Y este trabajo lograba sus frutos, como ilustraremos luego.

El Virrey en un oficio comentaba como no había noche en que faltasen 30 o 60 desertores en las guarniciones de la capital, cosa que no sucedía en el cuartel de Aznapuquio: esto hacía pensar, como anota Paz Soldán, que había agentes provocadores.

Según Mariátegui:

"... tres eran las principales fracciones en que se dividieron los patriotas.

Un grupo estaba capitaneado por los señores D. Fernando López Aldana, bogotano, y por Joaquín Campino, chileno, y esta fracción era denominada la de los Forasteros...

"... Otra fue por D. José de la Riva-Agüero, perteneciendo a él D. Manuel Pérez de Tudela y algunos pocos miembros del Ayuntamiento. El tercero denominado el de los carolinos, más numerosos, más atrevido y menos temeroso a los riesgos, era compuesto de la juventud de aquel tiempo. Han muerto casi todos, y sólo dos o tres viven. A él pertenecían D. Julián Morales, aunque no carolino, cura que fue de Huaraz, indígena y cuyas acciones parecerán increíbles por su arrojo. En otros lugares tendré ocasión de hablar de él.

Trabajaban estos grupos en reducir a la oficialidad americana, para disponerla a hacer lo que Numancia, pero estos trabajos eran estériles; los oficiales americanos que tenían relación con los patriotas eran mal vistos y espiados y sus más insignificantes acciones mal interpretadas y denunciadas." (14).

Cierto éxito se logró con el batallón Cantabria: los oficiales La Rosa y Taramona trabajaron con ahinco así como los hermanos Castro. Cooperó además con ellos un tal Pablo Salazar, quien, según Mariátegui, logró un considerable número de adictos a la causa patriota:

"... Fueron los trabajos de éste (Pablo Salazar), y de otros patriotas tan eficaces y tan ventajosos, que jamás consiguieron los

14 Mariátegui, ob. cit., pp. 16 .

españoles aumentar la guarnición de Lima, y cuantas altas daban los cuerpos eran inferiores a las bajas; cansados de la desertión se enfriaron algo y se apearon nuestros enemigos.

Lo cierto es que este sistema produjo bienes de consideración y era tal el patriotismo, que, jamás pudieron los españoles descubrir lo menor. Tantas y tan bien formadas fueron las medidas. El Dr. Morales prestó su casa para ocultar desertores, y como punto de reunión para los que querían pasarse. Inocente Zárate, mayordomo de Riva-Agüero, venía a la portada y los conducía hasta dejarlos en las inmediaciones de los guerrilleros, cuando las partidas fueron organizadas." (15).

A mediados de Diciembre se apresó al Subtnte. del Infante D. N. Vizcarra que se pasaba a los patriotas, y fue remitido al Consejo Permanente.

No solamente la capital padecía estas bajas en sus divisiones militares: las tropas que operaban en la sierra sufría el mismo mal. En las filas de O'Reilly que luchaban contra Arenales en Cerro de Pasco, las guarniciones de dicho lugar, junto con las de Tarma y Jauja que debían reforzar al jefe realista, se pasaron a las tropas independientes.

Con estos sucesos un tanto desfavorables a los del Rey, con el ánimo de los pobladores dispuesto en gran parte hacia los independientes, terminó el año 1820.

¿Cuál fue la situación de ambos ejércitos en el año 21?

Iniciado éste, los patriotas desarrollaban gran actividad para lograr que el ejemplo del "Nmancia" trascendiera. Pero no bastaba que esto sucediese en individuos o en pequeños grupos, era necesario obtener la anexión de un regimiento completo.

Francisco Javier Mariátegui; quien es prácticamente nuestro cronista por la profusión de datos que nos ha dejado, escribió acerca de los intentos frustrados de incorporar batallones.

Uno de ellos fue el del batallón Castro, por intermedio de Corbalán, uno de sus capitanes. Este había conseguido algunas adhesiones e iba a dar el golpe con la protección de San Martín, quien iba a enviar al "2" de Chile con este fin. La llegada del comisionado español Manuel Abreu hizo mudar de opinión al General y el proyecto no se realizó. Parece ser, si admitimos la opinión de Mariátegui, que este movimiento hubiese sido muy exitoso pues se contaba con el apoyo de varios cuerpos del ejército realista. El menciona-

do Corbalán a raíz de este fracaso, no intervino más en la causa patriota: sirvió a los realistas hasta la batalla de Ayacucho.

El 4 de Enero, Pezuela recibió un oficio del Comandante Militar comunicándole sus sospechas sobre el batallón de Burgos. Decía e nél que corrían rumores de su posible paso a las filas patriotas en cuanto tuviese la oportunidad. El Virrey indicaba como sospechosos al primer Ayudante Cortínez y a otros oficiales. Estos parece que habían recibido dinero en la Casa Matas del Callao para el fin. Esta sospecha, pues de allí no pasó hizo que Pezuela dividiese dicho regimiento para evitar cualquier infidencia.

Pero al lado de estos fracasos, los desertores que diariamente pasaban a engrosar las filas patriotas significaban un triunfo, tal vez no tan importante pero sí constante.

La Memoria del Virrey nos ha dejado muchos de sus nombres:

“Al mismo tiempo me remite el tal San Martín con oficio del 14 del mismo (Enero de 1821) las representaciones hechas por el Capitán de Exte. D. Andrés Pineda y D. Aniceto Valverde, capitán del Batallón Provincial de la guarnición de Piura, diciendo que el Intendente Torre Tagle los sorprendió y apresó en el concepto de ser reclutas, más que ellos adictos a la causa de la independencia, concluyendo con pedir que San Martín los incorporase en las filas de su Exto, y añadiendo el segundo que ofrece un plan de servicios útiles a nuestros enemigos... Me dice también, y acompaña la solicitud de los soldados del 2º Escuadrón de Húsares Simón Alarcón, de Huanchaco y José Durand, José Pedrosa y Pedro Zabala, naturales de Cajatambo, desertados del Exte. del Rey, que piden y les concede servir en sus tropas.” (16).

En Chancay las tropas de Valdez sufrían bajas de más de cien hombres; El descontento hacia las autoridades españolas crecía, sobre todo en la capital donde, según García Camba, ya se veía a los independientes como “dueños de la ciudad”.

Las deserciones de oficiales de ejército y vecinos de Lima abundaban diariamente. “El 24 de Enero (1821) cien individuos de todas clases se pasaron a los patriotas desde Lima. Entre los militares se contaban al coronel Gamarra y los tenientes coroneles Velasco y Eléspuru, y de las clases civiles los de mayor distinción fueron el Dr. López Aldana, D. Miguel Otero y D. Joaquín Campino.” (17).

17 Miller, ob. cit. tom. I, cap. XIII, pp. 297.

De estos nuevos patriotas cabe hablar con más detalle del por entonces Coronel del ejército realista Agustín Gamarra, su incorporación a las filas patriotas fue un aporte valioso.

Ya anteriormente Gamarra había sido acusado por el general Ramírez, en Tupiza (Alto Perú) por sospechoso de infidencia. Se le había iniciado expediente junto con los capitanes Guillén y Velasco. Sin embargo la causa no siguió su curso y ellos llegaron con su división a Lima a principio de 1821.

No por ello dejaron de sospechar de Gamarra las autoridades españolas: su condición de cuzqueño era una de las razones del recelo de Pezuela. De esta desconfianza del Virrey participaban también el Brigadier José Canterac y los Coroneles Gerónimo Valdez y Juan Lóriga. Estos aconsejaron al supremo gobierno virreinal, la separación de los mencionados Gamarra, Guillén y Velasco de su batallón "porque de otra suerte estaban en la firme inteligencia de que se repetía la escena del Batallón del "Numancia", escribía Pezuela en su "Memoria..."

Dos días después de esto se confirmaba la sospecha, según consta en los apuntes del Virrey del 5 de Enero:

"Se me dio parte por el hacendado de Borja de haber llegado la noche del 3 a ella, Gamarra con dos Tenientes Coroneles y sus asistentes y a la hora una crecida porción de hombres emponchados y montados entre los que se encontraban varios conocidos...
"... de clase sospechosa y que pidieron un esclavo conocedor de los caminos, protestando que iban en comisión del Serv y que, en efecto, salieron todos con él y se dirigieron al pueblo de Guaicán en Partido de Guarochirí que estaba en revolución, llevándose también al Tambo inmediato a la hacienda citada de San Borja, que se les escapó en Guaicán desde donde despacharon al esclavo.

Estos dos confiesan que Gamarra y sus cómplices se pasaron a los Enemigos, y Velasco, a quienes se agregó el Capitán graduado de Teniente Coronel Eléspuru del Batallón de Granaderos que en Guayaquil cometió la maldad de sublevarse con todos sus oficiales contra sus Comandantes. García del Barrio, Gobernador y demás autoridades fieles, unido con el Pueblo, proclamó la independencia.

Esta maldad de Gamarra y demás infames da una idea bien clara del cuidado del gobierno en una guerra como la que se está haciendo." (18).

18 Pezuela, ob. cit. pp. 819-20.

En la causa de Gamarra estuvieron comprendidos el Capitán Gregorio Osma, los Tenientes Manuel Ortiz y Manuel Zapata y D. Marcos Garay quien fue aprehendido pasándose a los enemigos.

La situación en Lima era difícil para los españoles y una de las razones de ésta, como hemos podido apreciar, era la gran cantidad de bajas que sufría su ejército, según escribió Mariano Torrente historiador español, se encontraban a las puertas de la capital refuerzos venidos del Alto Perú, éstos servirían para "reemplazar los soldados perdidos y no para dar superioridad a los realistas."

El gobierno se tornaba cada vez más débil, ya que su interior estaba minado: Pezuela desconfiaba hasta de los funcionarios públicos. Todas las órdenes que expedía la autoridad española eran infructuosas: al amparo de la noche múltiples vecinos de la capital se unían a las tropas patriotas. La vigilancia encomendada a los Alcaldes y al Cabildo Constitucional no se efectuaba con vigor lo que hacía, escribía el Virrey en su Memoria el 11 de Enero, "dudar del modo de pensar de algunos de los Cabildantes tildados de sospechosos desde el principio de la revolución."

Los Castillos del Callao era un lugar que los patriotas ambicionaban dominar, por su gran importancia estratégica. El 30 de Enero de 1821 se embarcó en Huacho una expedición patriota cuyo objeto era apoderarse de la mencionada fortaleza.

Se tenía noticia, según versión de Miller, que algunos oficiales realistas del fuerte habían sido ganados para la causa emancipadora y planeaban enarbolar la bandera de la libertad siempre que fueran amparados por un destacamento patriota.

Poco antes de la partida de la expedición se supo la noticia del motín de Aznapuquio que había depuesto a Pezuela de su cargo colocando en su lugar al general José de la Serna. La presencia de una nueva autoridad frustraba el intento ya que la guarnición del Callao fue cambiada.

Mientras estos sucesos tenían lugar en la capital, en el sur actuaban tropas patriotas al mando de Miller. En el mes de Mayo, el 11, partieron éstas de Arica hacia Tacna logrando apoderarse de la ciudad sin mayor resistencia; más aún, según la versión de W. B. Steveson se les unieron dos compañías de Infantería desertores de la causa real. Lord Cochrane afirmó que a base de éstas se formó el nuevo regimiento "Independientes de Tacna".

En Moquegua, lugar adonde se dirigió poco después Miller, los habitantes se pronunciaron por la causa emancipadora encabezados por su gobernador coronel Portocarrero.

Múltiples datos sobre la acción en esta zona nos ha proporcionado

Lord Cochrane, tanto en sus memorias como en varias cartas remitidas a San Martín en los meses de Mayo y Junio.

Como se puede apreciar, el trabajo de los patriotas para ganar adeptos no era infructuoso. En el Cusco varios agentes sanmartinianos trataban de extender la llama de la libertad con algunos resultados positivos.

En el Archivo General de Indias encontramos varias cartas con estas noticias: en ellas consta que había entusiasmo entre la población por las ideas emancipadoras, que había movimientos esperando la oportunidad propicia para pasarse.

¿Cómo reaccionaban las autoridades realistas ante esta situación?

Era evidente la urgencia de tomar medidas que la detuviesen. Canterac adoptó una resolución que fue muy criticada por García Camba en sus escritos: no perseguir a los patriotas, alejarse de ellos para evitar el contacto de ambas tropas y por ende la influencia que de él se desprendía.

Pero otros jefes fueron más drásticos: publicaron bandos indicando que todo aquel que pasase del límite señalado sería fusilado y colgado para que sirviese de escarmiento.

Al retirarse los realistas de Lima, en Julio de 1821, se produjo desbande del ejército; los jefes se vieron obligados a ordenar el fusilamiento de todo aquel que se alejase "cien varas de distancia de la dirección de las columnas" y, al decir de Miller, "muchos fueron efectivamente fusilados."

Sobre este tema de los fusilamientos de desertores, hemos hallado un caso singular: el de un cadete del Cantabria José Benigno Carrillo. Este había sido apresado y condenado a la pena máxima por abandonar las filas realistas. Pero este hecho coincidió con las negociaciones que realizaba la Junta de Pacificación, integrada por delegados del Virrey y de San Martín. En varias cartas dirigidas por dichos diputados al virrey la Serna, ... y contenidas en el Archivo de Sevilla (19), se intercedía ante esta autoridad, por la vida del desertor. Una de las razones más convincentes que esgrimían era que hallándose en un "tiempo en que creemos convendrá ostentar más humanidad que nunca", no convenía un fusilamiento.

El virrey accedió al pedido indultando a Carrillo y comunicó dicha determinación a la Junta de Pacificación en carta del 14 de Junio de 1821, contenida en el mismo Legajo.

¿Cuál fue la situación después de la proclamación de la independencia?

Producida ésta, aumentó como es de suponer el número de adhesiones a la causa patriota.

En la sierra, las tropas de Alvarado y de Arenales recibían constantes pasos de soldados realistas, y así lo informaban a San Martín en múltiples despachos contenidos actualmente en el Archivo del General, de los cuales presentamos fragmentos:

“... De cualquier modo, hago hoy alto en este punto para esperar a Rudecindo (Alvarado) que quedó ayer en Jauja haciendo herrar la caballada y esperando que se le reúnan cuarenta y tantos pasados a más de otros dieciséis armados que deben llegar a mi división, pasados de La Serna.” (20).

“Ayer a las tres de la tarde pasó por acá Canterac y Carratalá con las tropas siguientes:

Cuatro regimientos de infantería que se componen como de 700 hombres, la caballería de más de 700, la tropa de Carrazal entre infantería y caballería 1000 hombres. Es indecible los muertos, enfermos y con mayor número desertores que han tenido; se que desde los altos de Chongos acá se le han desertado más de 500 y adelante serán más aún según la disposición y la gente tan disgustada que camina; he hablado con varios desertores y me dicen que todos desean tener una acción para pasarse a la patria.” (21).

Esta situación mantenía al general Canterac sin decidirse a avanzar por la consecutiva pérdida de gente y el desaliento de sus tropas, según consta en los informes de Arenales a San Martín.

Arenales a su vez, recibía informaciones de jefes de guerrillas que le aseguraban el gran número de disidentes que engrosaban sus filas. Veamos un ejemplo:

“El día 1º (Agosto de 1821) siendo yo testigo, se pasaron para Yanacocha 300 de infantería y 30 de caballería y dicen que pasan para Yauyos; por la noche me aseguran que pasaron 150 de caballe-

20 Carta de Arenales a San Martín, 20 de Julio de 1821. En: Documentos del Archivo de San Martín, tom. VII, pp. 254.

21 Carta de José Herrera, Teniente Cura de Matucana a Arenales. En: Documentos del Archivo de San Martín, tom. VII, pp. 260-1.

ría al mismo lugar; ayer 3 también me han dicho que pasaron 150 de infantería. Casi todos los soldados americanos están prontos a pasarse con tal que le presenten acción, y le aseguro a V. S. que es muy cierto, pues yo he hablado con muchos de ellos..." (22).

Pero no solamente los soldados realistas obraban así, también muchos civiles los imitaban. Miller nos ha dejado algunos nombres como el Marqués de Campo Armero, los señores Nestares y Guerrero y "otros ricos habitantes." Estos se declararon "abiertamente en favor de los patriotas"; y no fue solamente de palabra sino que actuaron en favor de la causa ayudando a las campañas militares. Esto sucedió en Ica, en Agosto.

En el siguiente mes tuvieron lugar varias acciones militares de las cuales es nuevamente Miller nuestro cronista: de estos hechos bélicos lo que más nos interesa es la pérdida de efectivos que, por disidencias, sufría el ejército del Rey. En una oportunidad, nos relata Miller, en que la infantería patriota acampó cerca de Puruchuco, se encontró "con seis desertores españoles, los cuales creyéndole oficial realista se preparaban para matarlo; pero al hablarles Miller conocieron inmediatamente por su acento que no era realista, se entregaron y le manifestaron que el general Canterac se hallaba una legua más adelante: Y a mitad de la subida de la montaña." (23).

En las serranías de Canta la división ligera independiente persiguiendo al enemigo, no logró éxito completo pero pudo facilitar la desertión de más de mil realistas.

No podemos dejar de mencionar que una de las razones, y muy poderosa por cierto, de la disidencia se debía a la incitación que hacían los patriotas. En diversas oportunidades invitaban a los soldados del Rey a abandonar las filas y muchas veces lo conseguían. A esto se refería el jefe español Andrés García Camba cuando escribía en sus "Memorias...":

"El 18 de Setiembre (1821) amanecieron sobre el campo de Canterac (valle de Carabayllo) dos escuadrones de granaderos montados de los Andes y más de 600 hombres de guerrillas o montonera, ocupando las alturas de San Lorenzo y San Juan de Dios y provocando a la desertión. El coronel Carratalá con los batallones 1º del Imperial Alejandro, 2º del primer regimiento y los escuadrones de Dragones del Perú, reicbió la orden de desalojarlos, lo que verificó so-

22 Carta de José Herrera a Arenales, Chupaca 4 de Agosto de 1821. En: Docum. del Archivo de San Martín, tom. VII, pp. 266-7.

23 Miller, ob. cit. tom. I, pp. 427. 358.

bre la marcha, persiguiendo a los enemigos hasta Tambo-Inga, mientras el general Canterac movía su campo a Pueblo Viejo, en el valle de Carabaylo; pero ya las invitaciones del adversario habían producido el efecto a que se dirigían que era el de inspirar confianza a los soldados realistas.” (24).

El general San Martín se mantenía informado por sus jefes quienes le remitían partes periódicos. Por ejemplo Juan Gregorio de las Heras en varios menciona la recepción continua de “pasados” del ejército español por quienes tenía noticias de sus movimientos:

“Por el capitán de Artillería enemiga don Manuel Lastra, natural de Chile, que se me acaba de pasar se que los enemigos sólo su movimiento de ayer fue de media legua pero que esta mañana emprendieron su retirada debiendo verificarla por Caballero, siendo justamente este el mismo lado del río que yo ocupo y que del todo asegura mi marcha en su persecución. . .

“...Dicho Lastre me asegura el escandaloso estado de desmoralización en que se halla el ejército real y que cree, que aún algunos jefes se pasarán; que públicamente oficiales y soldados hablan de pasarse y que no pasarán la cordillera. La infantería dice que a lo sumo será de número de dos mil y la caballería seiscientos.” (25).

Esta situación de sus tropas obligó al general Canterac, y así consta en su parte, a olvidar la idea de volver a los Castillos del Callao y retirarse de las inmediaciones de la capital.

La fortaleza del Callao capituló por estos días y muchos de sus jefes se unieron a las filas patriotas.

Entre ellos debemos destacar a José de la Mar: él no se incorporó de inmediato a las filas independientes. Lo que hizo fue separarse de los realistas pues, como anota Mariátegui, “en su corazón abrigaba la causa de América.” Como muchos otros La Mar, esperaba la ocasión propicia para determinarse por la emancipación. Pero pese a estas ideas suyas, demoró su incorporación al ejército patriota. Después de renunciar a su cargo en los Castillos se retiró a la vida privada hasta que:

“...el transcurso de algún tiempo le permitiera servir a su patria sin mengua de su honor. Yo quiero, en obsequio a la justicia y a la amistad, ser más extenso sobre este suceso.

24 García Camba, ob. cit. Cap. XIX, pp. 427.

25 Carta de Las Heras a San Martín; Collique 19 de Setiembre de 1821. En: Docum. del Arch. de San Martín, tom. VII, pp. 422-3.

Conocía San Martín al general La Mar desde la península; estaba instruído de su honroso proceder; y al cabo de lo que valía como militar y como ciudadano; y dispuesto, por esto, para ganar para la patria un hombre cual La Mar, que se le extendiera el despacho de general de división, equivalente al de Mariscal de Campo que obtenía en las filas realistas. Supo La Mar que se adoptaba esta medida de boca de Juan de Berindoaga, que había servido antes bajo sus órdenes, y lo que había deducido de indicaciones de San Martín... “...La Mar entonces se dirigió a la Casa de Gobierno se abocó con el general, le rogó que suspendiese la orden; que lo esperase, y le ofreció que serviría a su tiempo. No pudo San Martín vencer la resistencia de La Mar y el despacho no fue extendido.” (26).

Terminaba el año 1821 y las deserciones habían jugado un papel importante en el estado de ambos ejércitos. Los realistas sufrían bajas continuas por esta razón y por consiguiente la patria obtiene triunfos sin violencia.

San Martín en una proclama al pueblo de Lima del 19 de Setiembre, y que recoge Lord Cochrane en su “Memoria...” se refería a ello con estas palabras:

“La deserción que experimentaron nos asegura de que antes de que lleguen a las montañas, sólo les quedará un puñado de hombres, aterrados y confundidos con el recuerdo del poder colosal que tenían hace un año, y que ahora a desaparecido como la furia de las olas del amanecer de un día de calma.”

¿Qué significaron las deserciones para el triunfo patriota?

No fueron factor decisivo evidentemente, pero como anotamos al final del Capítulo primero, respondían a una determinada actitud del soldado.

Si bien esta actitud en la etapa de 1810 al 1816, en el caso peruano, aún no estaba precisada, en esta segunda época sí lo está. El soldado que desertaba en el Alto Perú, según hemos visto, no siempre lo hacía para incorporarse a las filas revolucionarias; muchas otras razones lo impulsaban a ello.

Pero durante la etapa que podemos llamar sanmartiniana, todos los pasos de soldados indefectiblemente, eran para engrosar las filas patriotas.

Otra de las características del abandono que hacían los soldados de las filas realistas, fue la organización de estos movimientos: esta es una diferencia marcada con la etapa anterior.

A distingo de las espontáneas y desordenadas deserciones de las tropas altoperuanas, durante los años 1817 a 1821 y muy especialmente en los últimos dos, hubo equipos dedicados a lograr la adhesión de muchos soldados de Rey. En muchos casos, como recordaremos, con resultados positivos.

Estos pasos de soldados realistas: ¿se debían al triunfo del ideal emancipador en todos ellos?

Sería muy aventurado e incierto afirmar tal cosa. No todos los que abandonaban las filas del Rey lo hacían porque en ellos había nacido la conciencia nacional.

Pero igualmente falso sería sostener la opuesta: si no en todos, sí en muchos de ellos existió pleno conocimiento del porqué de su actitud. Si los restantes lo hicieron por imitación: no por ello vamos a menospreciar su intervención.

Voluntarios o imitadores, ambos ayudaron al triunfo de la patria.

Las deserciones en esta etapas fueron decisivas para el triunfo patriota?

Sería ocioso repetir que no lo fueron, pues eso es ampliamente conocido.

La lucha emancipadora no había concluido aún en el año que terminamos de estudiar (1821) y la lucha personal por unirse a ella seguía existiendo en el ánimo de los soldados del Rey. Por consiguiente las deserciones continuaron hasta 1824.

Sólo hemos presentado una etapa en la historia de estos militares.

BIBLIOGRAFIA

- 1 ABASCAL y Sousa, José Fernando de... "Memoria de Gobierno" 1806-1816. — Editada por Vicente Rodríguez Casado y José Antonio Calderón Quijano, con un estudio preliminar de V. Rodríguez C., Sevilla, 1944, publicaciones de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla. — 2 tomos (T. 1º: 495 pp. T. 2º: 584).
- 2 AGUIRRE, Coronel José María... "Compendio de las campañas del Ejército de los Andes". En: "Documentos del Archivo de San Martín", tomo X, pp. 213 a 257.

- 3 ALVARADO, General Rudecindo de... "Memoria Histrico-biográfica". En: "Documentos del Archivo de San Martín", tomo X, pp. 171 a 211.
- 4 ARCHIVO GENERAL DE INDIAS DE SEVILLA. — Sección Audiencia de Lima: Legajos 649, 800 y 1023. — Sección Indiferente General: Legajos, 1352 y 1570.
- 5 COCHRANE, Lord Tomás... conde de Dudsonald. Gran Cruz de la Orden del Baño, de la Imperial Brasileña, del Crucero y de la Real de San Salvador de Grecia, etc. "Memorias de Lord Cochrane", se vende en Lima, en la imprenta de José Masías, 1863, 1 tomo, 335 pp. Traducción y advertencia preliminar de José Bilbao, Lima, 1861.
- 6 CORNEJO Bouroncle, Jorge... "Pumacahua, la revolución del Cuzco de 1814". Estudio documentado. Cuzco. Talleres Gráficos H. G. Rozas (1956, 1 tomo), 709 pp.
- 8 GARCIA CAMBA, General Andrés... "Memorias para la historia de las Armas Españolas en el Perú". Madrid, Sociedad Tipográfica de Hortelano V. Cía., 1846, 2 tomos.
- 9 HERREROS DE TEJADA, Luis... "El Teniente General Don José Manuel de Goyeneche, Primer Conde de Guaqui", Apuntes y datos para la Historia, Barcelona, Talleres de Oliva de Vila—Impresor, 1923, 1 tomo, 517 pp.
- 10 MARIATEGUI, Francisco Javier... "Anotaciones a la Historia del Perú Independiente de Don Mariano Felipe Paz Soldán". En: "Dos controversias históricas", ed. Garcilaso, Lima, 1925, pp. 5 a 135.
- 11 MILLER, Mr. John... "Memorias del General Miller", al servicio de la República del Perú, traducidas por el General Torrico, Biblioteca Ayacucho Madrid, (sin fecha). Ed. América, 2 tomos.
- 12 PEZUELA, Joaquín de la... "Memoria Militar del General Pezuela 1813-1815." — Edición y prólogo de Félix Denegri Luna. Lima, Imp. P. L. Villanueva S. A., 1955.
- 13 PEZUELA, Joaquín de la... "Memoria de Gobierno", Edición y Prólogo de Vicente Rodríguez Casado y Guillermo Lohmann Villena, Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, 1947, 1 tomo, 912 pp.
- 14 RIVERA SERNA, Raúl... "Los guerrilleros del centro en la Emancipación Peruana" Lima, 1958, Imp. Talleres Gráficos Villanueva, 1 tomo, 159 pp.
- 15 RODRIGUEZ BALLESTEROS José... "Historia de la Revolución y Guerra de la independencia del Perú" desde 1818 hasta 1826. Introducción de Guillermo Félix Cruz. — Santiago de Chile, Imprenta Cultura, 1946, tomo 1, 761 pp.
- 16 SAN MARTIN, José de... "Documentos del Archivo de San Martín", Publicados por la Comisión Nacional del Centenario, Buenos Aires, Imp. de Coni hnos. Tomos VII y X.
- 17 TORRENTE, Mariano... "Historia de la Revolución Hispano-Americana, Madrid, imp. de León Amarita, 1829 3 tomos.
- 18 ULLOA José Casimiro... "La revolución de 1814". En: Boletín del Museo Bolivariano de Lima, N° XVI, Junio-Agosto de 1930, pp. 319 a 371.
- 19 VARGAS UGARTE Rubén... "De 1818 a 1824. Ojeada histórica de la situación de las Armas Españolas, durante este período, según documentos inéditos." En: Boletín del Museo Bolivariano de Lima, Año I, N° XII, Agosto de 1929, pp. 437 a 449.
- 20 VARGAS UGARTE Rubén... "Historia del Perú", Emancipación. Buenos Aires, Imprenta López, 1958, 1 tomo, 554 pp.